

Vida espiritual

- 234 –Carta del 15 de agosto de 2008
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 237– “*Dar razón de vuestra esperanza*” (1 P 3, 15)
Padre Javier Álvarez, Director general
- 245 –Carta del 18 de julio de 2008
A todos los miembros de la familia vicenciana
Padre Gregory Gay, Superior general
- 248– La Eucaristía siguiendo los pasos de María
Padre Guillaume de Menthière

Desafíos actuales

- 273 - Introducción
- 274 – Provincia de Los Altos Hills (California): “Servir con creatividad y compasión a las personas encarceladas”
Sor Christina Maggi, Hija de la Caridad
- 280 – Provincia de Albany : El comité internacional de las Hijas de la Caridad sobre el tráfico humano.
Sor Donna Franklin y Sor Joanne Dress, Hijas de la Caridad

Actualidad de las Provincias

Visita de los Superiores

- 284 – Madre Evelyne Franc y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general: Visita a la Provincia de Bolivia
Sor Andrea Emçerita Medina, Hija de la Caridad

Testimonio de las Hermanas

- 287- Provincia de India Norte: “La responsabilización de las jóvenes de origen tribal”
Sor Rosalie Palayoor, Hija de la Caridad
- 291- Paris, Casa Madre:
Encuentro de los Directores provinciales recientemente nombrados
Padre Fernando Macías Fernández, Director provincial de Chile

Palabra de un profeta, portador de esperanza

- 297- El amor es una fuerza
« *Mi fe me ha salvado* »
(Extracto de la Revista Pelerin n° 6554)

Historia de la Compañía

En tiempos de san Vicente... y hoy

300 – Introducción

301 – Vicente de Paúl y el Espíritu Santo
¿Quién eres, Espíritu Santo?
Padre Jean Morin, cm

Carta de 15 de agosto de 2008

Mis queridas Hermanas,

*“La Madre de Jesús,
de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma,
es la imagen y principio
de la Iglesia que ha de ser consumada
en el futuro siglo, (...) antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante,
como signo de esperanza y de consuelo» LG 68.*

A María, *signo de esperanza y de consuelo*, confío los deseos que formulo por sus intenciones con motivo de la fiesta del 15 de agosto. Ellos quieren transmitirles mi agradecimiento por todo el correo que he recibido estos últimos días ofreciéndome sus oraciones y describiéndome sus alegrías y sus penas en el servicio de nuestros hermanos y hermanas los pobres. He percibido en todos estos mensajes su amor a la Compañía, a sus Provincias, a sus Comunidades locales y su deseo de compartir con todas las Hijas de la Caridad lo que viven y lo que esperan. Igualmente he leído en ellos su acción de gracias que brota del buen desarrollo de sus Asambleas domésticas y provinciales y, con ustedes, doy gracias al Señor.

Hace algunas semanas, en compañía de Sor Wivine Kisu, Consejera general, tuve la alegría de visitar a nuestras Hermanas de Eritrea por las que frecuentemente les he pedido que rezaran. Con emoción, he constatado las dificultades que afrontan debido al degradado contexto económico del país y a su situación política, muy tensa; igualmente he comprobado su valor, su entrega incansable a los pobres a través de sus servicios escolares, sanitarios o sociales, obras de humanización y de evangelización. Ellas dan un buen ejemplo de confianza en la Providencia, según el carisma vicenciano llevado a estas tierras por san Justino de Jacobis.

Al final de nuestra estancia, el primer sábado de agosto, participamos en una celebración eucarística en un santuario mariano, Maryam Dearit, cerca de la ciudad de Keren. La misa tuvo lugar al aire libre y rezamos particularmente por los jóvenes del país, chicas y chicos, que unos días más tarde tenían obligación de acudir al ejército para la última etapa de la formación secundaria y allí sufrir una dura iniciación a la vida militar. Juntas los hemos confiado a María para que su fe no desfallezca. En este santuario se venera una estatua de la Virgen Milagrosa que nuestras primeras Hermanas, llegadas al país hace 130 años, colocaron en el interior de un baobab gigante cuyo tronco forma una cavidad natural que puede albergar una quincena de personas. Tuve la posibilidad de entrar en el interior de este árbol y allí confié con amor a María, *signo de esperanza y de consuelo*, a las Hermanas de Eritrea y a toda la Compañía.

La fiesta de la Asunción es en efecto un gran motivo de esperanza para la Iglesia y para todos los pueblos. María vive ya lo que cada creyente, la Iglesia entera y la humanidad desean vivir un día: la vida en Dios en plenitud.

Contemplar a María como *signo de esperanza y de consuelo*, es reconocer y admirar en ella a la mujer que creyó y esperó, la que caminó de Nazaret al Calvario con un corazón lleno de amor humilde, sencillo, siempre disponible al plan de Dios. Es una llamada a cultivar la vida de fe y de esperanza y a alimentarnos de la meditación asidua de la Palabra de Dios, acogéndola con amor, guardándola cuidadosamente en el corazón, transformándola en vida, como lo hizo María.

Es también una llamada a desafiar las inclemencias del tiempo presente, los momentos de duda y de oscuridad, los acontecimientos difíciles, apoyándonos en la firme convicción de que *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre* (cf. He 13, 8) y que *ha vencido al mundo* (cf. Jn 16, 33). Apoyadas en su

Palabra nos sentiremos constantemente interpeladas a abrir nuevos surcos de compromiso y de fidelidad para estar más plenamente presentes allí donde haya corazones a los que les falte el amor.

Contemplar a María como *signo de esperanza y de consuelo* es un estímulo para vivir nuestro don total. Porque se dejó modelar por el Espíritu Santo, en ella se realizaron las maravillas de Dios. Es igualmente una llamada a vivir como ella, abiertas a la voluntad de Dios, para que el Espíritu Santo realice en nosotras una configuración progresiva con Cristo (cf. C. 49), para que vivamos en plenitud, en radicalidad nuestra vocación de Hijas de la Caridad.

Aunque desgraciadamente, no puedo darles noticias de todas las Provincias, sí puedo señalar algunos signos de esperanza espigados de aquí y allá ...los socorros encaminados hacia Birmania gracias a las Hermanas de Tailandia y a la solidaridad de la Compañía, la apertura de una nueva casa en la Provincia de Haití al servicio de los olvidados, los diferentes Centros Dream de Mozambique, Nigeria, Camerún, Kenia y pronto del Congo que atienden con respeto, dulzura, devoción y ...competencia a los enfermos de sida. Quisiera citar igualmente las buenas noticias recibidas del Seminario interprovincial de Chile que reagrupa a las Hermanas de Argentina, Paraguay y Chile y los socorros prodigados a los habitantes de los barrios de alto riesgo en las afueras de Nápoles en Italia.

Aprovecho la ocasión de esta carta para agradecer con ustedes a Sor Claire Herrmann, la Archivista fiel y apasionada por la Compañía que, desde hace numerosos años, ha sabido comunicar a tantas Hermanas y miembros de la Familia vicenciana su amor a nuestros Fundadores. Sor Anne Marguerite Fromaget, que está actualmente al servicio de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, ha aceptado generosamente tomar el relevo de Sor Claire después de la Asamblea general de 2009. Confiamos las intenciones de nuestras dos Hermanas a María, la única Madre de la Compañía.

Bajo la protección de la Virgen María, *signo de esperanza y de consuelo*, pongo también el camino que nos llevará a la Asamblea general de 2009. ¡Que san Vicente y santa Luisa, santa Catalina, santa Elizabeth Ann Seton y todas nuestras bienaventuradas nos guarden unidas en el gozo y el amor de nuestra vocación, al servicio de los preferidos de Dios!

Con profundo afecto y la seguridad de mi oración.

Sor Evelyne Franc
Hija de la Caridad

“DAR RAZÓN DE VUESTRA ESPERANZA...”
(I Pedr 3, 15)

“Dar razón” es un verbo activo que puede ser fácilmente sustituido por evangelizar o testimoniar. Ahora bien, las razones luminosas que sirven para alumbrar a los otros en su camino son las que alumbran también el propio. En definitiva, todos necesitamos fundamentar la esperanza, el que da y el que recibe, el que evangeliza y el que es evangelizado. *“Nadie da lo que no tiene”*. Este dicho popular puede ser especialmente verdadero en el tema de la esperanza. Por lo tanto, parece imprescindible preguntarse antes de nada dónde fundamentar la esperanza y cómo llegar a ser personas esperanzadas.

La Compañía convoca a las Hijas de la Caridad a la esperanza. Basta que recordemos el lema que ha presidido las Asambleas domésticas y provinciales, y que el próximo año presidirá la general, para darnos cuenta de ello. Con mucho acierto, el profetismo y la esperanza aparecen unidos, porque el buen profetismo no puede generar otra cosa sino esperanza. Ahí están para demostrarlo los profetas del Antiguo Testamento. Si la Compañía nos propone la esperanza es porque nuestro mundo está a falta de ella. Por ejemplo: hay millones de personas a las que la pobreza les ha sumido en un estado de desesperación. Las guerras y las violencias terminan por arrancar de raíz la esperanza de las personas que las sufren. Otros factores, como el deterioro ecológico, el cambio climático, las crisis de las instituciones y los cambios rápidos de valores contribuyen a debilitar la esperanza de no pocas personas. En medio de estas constataciones hay que recordar que las Hijas de la Caridad surgieron en la Iglesia y en la sociedad como una instancia de esperanza frente a un contexto marcado por la desesperación, la angustia y la pobreza. La Compañía hoy tendrá que seguir preguntándose cómo ser testigo de esperanza porque detrás de cada desesperanza casi siempre hay una pobreza.

EL FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Fijándose sólo en la apariencia externa, se puede confundir a una persona optimista con una que vive la virtud de la esperanza. Ambas viven alegres, ilusionadas con el trabajo que realizan y son capaces de mirar al futuro con serenidad, incluso con confianza. Para ver la diferencia entre ambas hay que llegar al fundamento de sus convicciones: el optimista se apoya en determinados indicios que parecen presagiar un futuro propicio, o en el propio carácter. En efecto, hay personas que, por naturaleza, no conocen el desánimo. La naturaleza ha sido generosa con ellas. La esperanza, por el contrario, se apoya en Dios, y puede ser incluso una esperanza *“contra toda esperanza”* (Rm 4, 18), como la de Abraham que, siendo estéril su matrimonio con Sara, y ambos de edad avanzada, seguían esperando una descendencia tan numerosa *“como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa”* (Gén 22, 17) ¹.

Lo que tiene en común el optimismo con la esperanza es la capacidad de empujar a la persona hacia el futuro, de hacer planes y proyectos, de vivir con las velas hinchadas. San Vicente captó la bien la fuerza que asiste a los que viven centrados en la virtud de la esperanza. Para él *“la querida confianza en Dios es la fuerza de los débiles y el ojo de los ciegos”*². Seguramente la consecuencia más visible de la virtud de la esperanza sea una especie de juventud permanente, o de energía creativa. No ha faltado quien ha calificado la esperanza como el *“elixir de la eterna juventud”*. Cuando desaparece la esperanza, en cambio, el ser humano se marchita, se reseca y muere³. La imagen empleada por el profeta Ezequiel para describir el estado de ánimo de los israelitas en su exilio no puede ser más expresiva: *“Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo se ha acabado para nosotros”* (Ez 37, 11). La falta de esperanza es lo más parecido a la muerte.

Pero volvamos al fundamento de la esperanza cristiana. Ya hemos dicho que no puede ser otro que Dios. Ahora bien, ¿cómo se puede llegar en la práctica a fundamentar la esperanza en Dios?. En la medida en que se fundamente la vida en las convicciones evangélicas. Y, ¿qué convicciones son ésas que, asimiladas convenientemente, son capaces de dinamizar tanto a uno que le llenan de vida y le hacen portador de luz y de energía creativas?. Son las noticias más centrales del Evangelio, como por ejemplo, que tenemos un Dios Padre que nos ama tiernamente, incluso aunque nosotros no respondamos a ese amor (cf. Lc 15, 1–32); que es posible el amor y que sólo éste es capaz de redimir al ser humano (cf. I Cor 13, 1–

13); que Dios desea la paz y la justicia entre las naciones (cf. Is 2, 4), y que cualquier gesto de caridad hecho a un indigente será como hecho a Él mismo (cf. Mt 25, 31-46); que la persona puede llegar a reconciliarse con Dios, consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y vivir en armonía (cf. Gén 2, 1-25); que esta vida no termina sino que se prolonga y nosotros con ella en plenitud de vida (cf. I Tes 4, 13-15), etc. Fue E. Blonch quien resumió todas estas verdades generadoras de esperanza, como si de una gavilla se tratara, y las llamó a todas ellas “*el principio esperanza*”. Si este principio prende en el ser humano aparece en él la capacidad de autoconstruirse y de edificar el entorno exterior. Queremos insistir en que la base de la esperanza cristiana no son las convicciones evangélicas fosilizadas, sino las convicciones mantenidas con frescura y viveza. Es en la oración cotidiana y en los sacramentos donde la persona va haciendo suyas estas Buenas Noticias del Evangelio, las va dando relieve y vigor, las va personalizando a base de transvasarlas de la Sagrada Escritura a la vida. Quien sienta a Jesucristo vivo y presente en este mundo no puede vivir sin esperanza. Es sencillamente imposible.

SIGNOS DE ESPERANZA

La esperanza cristiana es una y su fundamento es Jesucristo. He aquí el núcleo de esta virtud, que abarca toda la persona y que le da un tono y un talante especialmente atrayente para la convivencia y para la evangelización, sobre todo cuando la persona esperanzada es también humilde. No hay contradicción si para despertar y sostener la esperanza cristiana se buscan también esperanzas a nivel humano. No olvidemos que la virtud cristiana de la esperanza se puede expresar y visualizar en determinados signos esperanzadores que captamos en nuestro mundo y, para las Hijas de la Caridad, en el interior de la Compañía. El Papa Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza explica la relación que existe entre las esperanzas y la gran esperanza. Estas son sus palabras: “*Necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar*”⁴.

Por ejemplo, en el mundo en el que vivimos, ¿dónde encontramos algunos horizontes de esperanza?. Juan Pablo II en *Redemptoris missio*, n° 86 hace un análisis del mundo actual. Reconoce todos los aspectos negativos, pero también constata cinco grandes valores que están presentes en una inmensa mayoría de personas y en casi todas las sociedades: el rechazo de la violencia y de la guerra; el respeto a la persona humana y a sus derechos; el deseo de libertad, de justicia y de fraternidad; la tendencia a superar los racimos y nacionalismos; el afianzamiento de la dignidad y la valoración de la mujer. Junto a estos valores tendremos que mencionar multitud de grupos, dentro y fuera de la Iglesia, que trabajan por establecer una mayor justicia social, o buscan crear redes de solidaridad para ayudar a los más desfavorecidos. El Estatuto 9 reconoce implícitamente esta realidad positiva, al invitar a las Hijas de la Caridad a cooperar con organismos privados o públicos para ser más eficaces en el servicio a los pobres. Desde Europa y desde América se financian miles y miles de proyectos destinados al desarrollo de muchos millones de personas. Todas estas semillas de esperanza no pueden quedar sepultadas bajo el tópico de que nuestro mundo es una catástrofe y que todo va mal. Lo mismo tendremos que decir sobre nuestra cultura actual, la que ha surgido como consecuencia de un gran desarrollo de las ciencias y la técnica. Es cierto que, en muchos casos, todo se ha puesto al servicio del mal, pero en otros muchos ha servido para multiplicar el bien. Hay que reconocer que nuestra cultura nos ofrece inmensas posibilidades para hacer el bien. Hace falta saber utilizar inteligentemente todos los medios a nuestro alcance, y aceptar de buen grado nuestra modernidad, sin nostalgias que impidan captar las posibilidades del tiempo presente.

Pasemos ahora a la Compañía. En ella hay luces y sombras. Resaltamos las primeras porque de lo que se trata, en este tema, es de saber ver los signos de esperanza. En general, la mirada del ser humano capta con más facilidad lo negativo que lo positivo. Percibir el bien en todos sus matices cromáticos no es fácil, sin embargo ayuda mucho a mantener viva la esperanza.

Con frecuencia se invoca la escasez de nuevas vocaciones como un signo negativo. Este dato, sin embargo, debe ser matizado. En Europa central y occidental, y en América del Norte puede ser cierto, pero no en las Provincias asiáticas y africanas. Conviene saber, por ejemplo, que el número de seminaristas en el 2007 ha llegado a 274. ¿No es éste un pequeño signo de esperanza para quien quiera extender su mirada más allá de las estrechas fronteras de su Provincia?. Otro signo de esperanza podemos verlo en la cantidad de vida cristiana auténtica, y vida de servicio que se lleva a cabo en la Compañía, y cuyo fin no es otro que

ayudar a recuperar la esperanza a tantos y tantos pobres. En realidad, todos estos servicios no son otra cosa que la manifestación y la expresión de unas vidas entregadas a Dios en los pobres. La base de esa entrega está en la donación diaria y callada de tantas Hijas de la Caridad. San Vicente comparaba a las primeras Hermanas con las mártires, por la entrega diaria de sus vidas a Jesucristo⁵. Junto a estos signos podemos mencionar también la presencia de la Compañía en lugares de extrema pobreza o en medio de situaciones conflictivas y violentas. La valentía de muchas Hermanas, unida a su generosidad, hacen posible que la Compañía sea una Buena Nueva para muchos pobres.

Seguramente hay otros muchos signos de esperanza en la Compañía. Y estoy seguro que cada Provincia sabrá reconocer los suyos propios. Ni mucho menos pretendo ser exhaustivo, sólo quiero decir que es importante saber descubrir lo positivo de la vida, de las personas y de los acontecimientos para alimentar la propia esperanza. Lo negativo es más cómodo y fácil de resaltar; lo positivo exige más esfuerzo, más atención, más fe. Cuando sólo se miran los puntos negros, la mirada se oscurece y hasta se corre el riesgo de acabar en la ceguera. Hay que saber mirar también, y sobre todo, lo positivo sin exageraciones, pero tampoco con cicatería. Con la medida de un realismo bien equilibrado. Dada la tendencia a ver lo negativo, no estaría de más adquirir el hábito de “positivizar” más la propia mirada y la propia actitud. Contagiar mirada positiva, pensamientos, sentimientos, actitudes positivas es engendrar esperanza. El exilio que sufrió el pueblo de Israel fue una experiencia dura, tanto que estuvo a punto de caer en la desesperanza y el desencanto. Pues bien, en esa situación el segundo Isaías escribe el libro de la consolación. Recrimina al pueblo su ceguera y su sordera, su incapacidad para ver y oír lo que está sucediendo (cf. Is 43, 18-19). No está mal recordar esta experiencia bíblica para evitar el peligro del pesimismo paralizante y estéril.

LUGARES DONDE CONSTRUIR LA ESPERANZA

En nuestro mundo hay signos de esperanza, pero esto no quiere decir que no se tenga necesidad de ella. Las dos cosas son ciertas. Cada miedo, cada situación negativa o cada problema esconde un déficit de esperanza. Podemos decir que en nuestro mundo la esperanza es un bien necesario, pero escaso para muchas personas. Por eso está más que justificado una encíclica sobre la esperanza y la salvación, o sobre “la salvación en esperanza” (*Spe salvi*)

La Compañía debe continuar siendo experta en construir esperanza. Nació en la Iglesia y en la sociedad como instancia de esperanza frente a un clima interno y externo de desesperanza, angustia, desolación y abandono de los pobres y marginados, como un corazón cálido y entrañable en una humanidad fría y sin corazón. Hasta aquí todo parece claro e indiscutible. Más complicado puede ser preguntarse dónde especialmente tendrá la Compañía que invertir esperanza hoy. Para contestar esta pregunta tendremos que tener en cuenta algunas cosas. Por ejemplo, la voz de San Vicente: hay que llevar esperanza, dice, a aquellos que no tienen futuro. La esperanza de San Vicente coincide con la esperanza comprometida de Jesús de Nazaret. Habrá que tener en cuenta, en segundo lugar, los ámbitos de la vida donde sirve y trabaja la Compañía. Según todo lo dicho, me parece que éstos pueden ser algunos lugares específicos para construir la esperanza:

En las comunidades.

Para que la comunidad sea un ámbito positivo capaz de irradiar vida y energía se requiere, como condición indispensable, que en ella se viva con gozo la vocación, a pesar de la edad, la consideración social o el contexto socio-cultural, a veces complejo y difícil, en el que están inmersas las comunidades. Así como la falta de comunicación y el individualismo producen desilusión y muerte, la comunicación, el compartir vida, experiencias y dificultades genera interés y vida. Cuando se acoge a una persona se le libera del peso de la soledad, se le acompaña, y en esa misma medida se le infunde fuerzas para vivir. Por muy difícil que sea su situación, por muy hundida que se encuentre, si esa persona descubre que no está sola, que hay alguien a quien pueda acudir, puede nacer de nuevo la esperanza en su corazón. La recomendación de San Pablo, “*acogeos mutuamente como Cristo os acogió para gloria de Dios*” (Rm 15, 7), puede ser interpretada como condición indispensable para que nazca la esperanza comunitaria. Sólo desde las consideraciones precedentes las comunidades podrán ser anunciadoras de la Buena Noticia. Más aún, ellas mismas serán Buena Noticia o “sacramento” para los que no tienen esperanza. Cuando la comunidad se convierte en lugar de acogida, donde a todo el que llega se le recibe con corrección y cariño; y si es un

desheredado recibe algún gesto de solidaridad, entonces se puede decir que la comunidad “da razón de su esperanza”, no con palabras sino con el lenguaje de los hechos que es el que más llega a la gente. Pero la comunidad, claro está, no puede contentarse sólo con acoger bien, tiene también que volcarse hacia fuera, en la transformación del mundo, según el contexto concreto donde a cada uno le toca trabajar.

En los lugares habituales de servicio.

Aquí sí que están las Hijas de la Caridad con su trabajo y sus preocupaciones. A algunas de vosotras os tocará cultivar la esperanza presentando valores evangélicos, sin maquillajes ni paliativos, sino en toda su grandeza y, al mismo tiempo, desenmascarar antivalores sociales como el materialismo, el hedonismo, el odio... Hay que desenmascararlos porque todos ellos deshumanizan y degradan al ser humano. A otras os tocará apostar en favor de la esperanza desde la labor callada del samaritano. Serán signos de misericordia y de compasión, o lo que es lo mismo, signos del Reino. Éstos tienen una fuerza especial para avivar la esperanza, porque testifican que lo que se anuncia ya está en marcha, ya está realizándose, que las promesas no son una falsa ilusión. Con frecuencia Jesús apela a sus obras y a sus signos, como recurso último para suscitar la fe en Él y la esperanza en el cumplimiento de las promesas del Reino. “*Aunque a mí no me creáis, creed por mis obras*” (Jn 10, 38). “*Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios*” (Mt 12, 28). Además, si faltan estos signos de compasión y misericordia que es el servicio al pobre, los sin mérito, los sin poder, los sin recursos legales, los pobres en definitiva, no tendrán razones para la esperanza.

Las Hijas de la Caridad con su servicio dan motivos de esperanza al pobre, pero sin ocultar nunca que el final de este mundo no está aquí. San Vicente repetía, de una y otra forma, que Dios ha elegido a las Hijas de la Caridad también para “*instruir (a los pobres) en las cosas necesarias para la salvación*”⁶. Es necesario trabajar por sostener las esperanzas de muchos pobres sin menoscabo de la gran esperanza, que señala el futuro definitivo al cual está llamado todo ser humano, según nos dice el Papa actual⁷. El cristiano, después de trabajar con ardor para construir el Reino de Dios en este mundo nuestro, debe también entender que la VIDA es mucho más que la vida. En esta historia nuestra, a veces tan mediocre, se gesta el verdadero futuro del ser humano. Hasta aquí debe llegar la esperanza cristiana.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

* ¿Qué es para ti la esperanza o qué experiencias tienes acerca de la virtud de la esperanza?

* San Pedro nos recomienda a todos los cristianos, “*dar razón de nuestra esperanza*” (I Pedr 3, 15). Partiendo de tu comunidad concreta, del contexto socio-cultural en el que está inmersa y del servicio o servicios concretos que realiza, ¿cómo llevar a cabo esta recomendación de San Pablo?

P. Javier Álvarez
Director general

Notas

¹ cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Quien espera son las personas más fuertes de la Tierra*, en *La Compañía de las Hijas de la Caridad en tiempo de Asambleas*, Cuaderno de la Provincia de Madrid-San Vicente, p. 11.

² III, 139; carta a Juan Martín del 28 de febrero de 1647.

³ cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, a.c., 11.

⁴ *Spe salvi*, nº 31

⁵ cf. IX, 418-420; conferencia a las Hijas de la Caridad sobre el amor a la vocación, el 25 de diciembre de 1648.

⁶ IX, 917; conferencia de San Vicente a las Hijas de la Caridad sobre el servicio a los enfermos, 11 de noviembre de 1657.

⁷ cf. *Spe salvi*, nn. 10-12, 31

PADRE G. GAY, SUPERIOR GENERAL

Carta del 19 de julio del 2008

A todos los miembros de la Familia Vicenciana.

Mis queridas hermanas y hermanos:

“Puestos en libertad 167 niños vendidos como mano de obra barata a fábricas chinas. Vivían en semiesclavitud y trabajaban 300 horas mensuales por 50 centavos de dólar la hora”

“Miles de inmigrantes huyen del estallido de violencia en Sudáfrica.

“La ONU lanza una alerta dramática contra el hambre. Unos 800 millones de personas sufren escasez por la subida de precios”

“Una mujer maltratada, sin casa y embarazada pide ayuda para no perder la custodia de sus cinco hijos. Solicita, desesperada, un trabajo y una vivienda para seguir al lado de los que más quiere”

Al dirigirme a todos los miembros de la Familia Vicenciana con motivo de la jornada de oración en torno a la Fiesta de San Vicente, he pensado empezar mi comunicación con estos titulares de prensa pues, ante ellos y otros similares, me pregunto muchas veces ¿quién está haciendo algo para aliviar tantas situaciones de sufrimiento como hay en nuestro mundo? ¿qué estoy haciendo yo, qué más podemos hacer nosotros, personas de buena voluntad, seguidores de Jesucristo, miembros de la Familia Vicenciana? Es mucho lo que podemos y estamos llamados a hacer, inspirados por la vida de Vicente de Paúl, cuya fiesta vamos a celebrar, una vez más, el 27 de septiembre.

Es el mismo Vicente de Paúl el que, dirigiéndose a los Misioneros exclama: “¡Ser cristiano y ver afligido a un hermano, **sin llorar con él ni sentirse enfermo con él!** Eso es no tener caridad; es ser cristiano en pintura; es carecer de humanidad; es ser peor que las bestias.” (Coste XIb pág.561)

Permítanme que les recuerde también lo que nos decía el Papa Pablo VI en su bellísima Encíclica *Populorum Progressio*: “*Porque a nadie le es lícito permanecer indiferente ante la suerte de sus hermanos que todavía yacen en la miseria, son presa de la ignorancia o víctimas de la inseguridad. Que el corazón de todo cristiano, imitando al Corazón de Cristo, ante miserias tantas se mueva a compasión y exclame con el Señor: Siento compasión por esta muchedumbre*” (*Populorum Progressio*, 74)

Es a partir de estos pensamientos como desearía que se preparase la fiesta de San Vicente de este año 2008. Voy a concretar más, invitándoles a hacer algo similar a lo que se suele llamar “lectura creyente de la realidad”.

En un ambiente de oración, después de invocar al espíritu Santo y **tomar plena conciencia de la presencia del Señor** en medio del grupo que se reúne en su nombre, les invito a aportar situaciones que cada uno de ustedes conoce, bien por haberlas vivido personalmente, bien por haber sido informado de ellas por los diversos medios de los que hoy disponemos. No sé si es muy atrevido proponer que, cuando sea posible, sea la misma persona que vive una situación de sufrimiento y/o de gran riesgo, quien informe al grupo.

En su segundo momento se trata de que nos dejemos “tocar”, **nos dejemos “afectar”** por el sufrimiento de nuestros hermanos, como se sintieron “tocados” San Vicente, Santa Luisa, Sor Rosalía Rendu, Federico Ozanam... y tantos y tantos profetas de la Familia Vicenciana que nos han precedido en la fe y en el seguimiento del carisma vicenciano.

El hacer al “Dios Pobre” presente en nuestra reunión, el tomar conciencia del amor de Dios hacia todos y cada uno de nosotros sus hijos e hijas, no puede dejarnos indiferentes y nos lleva al momento siguiente que es el del **compromiso** en una acción concreta. Se trata de aquella actitud tan vicenciana de

pasar del “amor afectivo” al “amor efectivo”, y de llevarlo a la práctica inspirándonos en la palabra de Dios, en los documentos vicencianos y en los documentos de la Iglesia, sobre todo en su doctrina social.

Al entrar en esta dinámica, el texto del capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, tan querido de San Vicente, adquiere una nueva dimensión. El “*tengo hambre*”, además de hambre de pan material, resonará en nosotros como una petición del pan de la Palabra, de Vida en plenitud. En el “*tengo sed*” oiremos también la sed de justicia. En el “*estoy desnudo*” escuchamos también: vísteme del derecho de ser persona, de ser tu hermano, de ser ¡hijo del mismo Padre!

Ésta es la mística que nos legó San Vicente, él nos enseñó a ser contemplativos en la acción. Estamos llamados a hacer una profunda experiencia del Dios que clama palabras de justicia y de Vida a través del empobrecido, del excluido, del olvidado del sistema y nos empuja a la construcción de una nueva sociedad verdaderamente humana, penetrada de valores evangélicos, entonces nuestra caridad será creativa y nuestra vida tendrá una palabra que decir a los que nos rodean.

Esto es lo que les propongo realizar en torno a la fiesta de San Vicente para luego, en el ofertorio de la Eucaristía del día 27, poder presentar en la patena el fruto de su reflexión y la acción concreta en favor de los pobres a la que se han comprometido.

Durante este proceso, que puede precisar de varias sesiones, **será una buena ayuda retomar los cinco temas para la reflexión que preparó la Comisión para el Cambio Sistémico y que les enviamos el año pasado para preparar la fiesta de San Vicente.**

Les invito también a utilizar la oración por el Cambio Sistémico que figura en las reflexiones que les acabo de citar y que les transcribo a continuación:

Te alabamos y te damos gracias, Oh Dios, Creador del Universo.
Has hecho todas las cosas buenas, y nos has dado la tierra para cultivarla.

Concédenos que sepamos usar siempre agradecidamente las cosas creadas, y compartirlas generosamente con todos los necesitados.

Danos creatividad en ayudar al pobre a hacer frente a sus necesidades humanas básicas.

Abre nuestras mentes y corazones para que podamos estar a su lado y ayudarles a efectuar el cambio de aquellas estructuras que les mantiene en la pobreza.

Permítenos ser hermanos y hermanas con ellos, amigos que caminan con ellos en sus luchas por los derechos fundamentales humanos. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Celebrando la solemnidad de San Vicente este año, pidamos al Dios de la Vida que nos ayude a ser creativos en el servicio a los Pobres.

Con gratitud al Señor por todo lo que nos permite hacer como Familia y con gratitud a ustedes por su generosidad, soy su hermano en San Vicente.

Padre G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

LA EUCARISTÍA SIGUIENDO LOS PASOS DE MARIA

Notas tomadas durante la conferencia del Padre Guillaume de Menthère en la sesión de formación del equipo pastoral de la Capilla

¿Qué relación existe entre la Eucaristía y María? La más eminente, nos dice el Padre de Menthère. En efecto, de la Anunciación al Gólgota, de la Natividad a la mañana de Pascua, la Madre de Jesús vivió en una comunión constante y perfecta con su Hijo. Luego, Ella es por excelencia la que nos conduce a la Eucaristía.

A partir de todos los relatos evangélicos relativos a María, el Padre de Menthère establece unos paralelos muy concretos con las distintas partes de la misa. Esta conferencia estimula la reflexión y renueva nuestra manera de participar en la Eucaristía y vivir de ella.

Introducción:

María y la Eucaristía, una relación muy profunda

Siempre estoy orgulloso de hablar de la Virgen María, como santa Teresita del Niño Jesús, cuando decía que a ella le hubiera gustado ser sacerdote para poder hablar de la Virgen María y mostrar hasta que punto es imitable. Es uno de los ejes del Concilio Vaticano II el que muestra, por todas partes, la herencia de nuestra joven doctora de la Iglesia, Teresa del Niño Jesús quien efectivamente quiso mostrar que María, como cada uno de nosotros, caminó en lo que el Concilio llama: “*su peregrinación de la fe*”. Ya saben que el papa Juan Pablo II es uno de los grandes artífices de la puesta en práctica del Concilio. El mismo dice que no se puede comprender su pontificado sin esta referencia del Concilio Vaticano II y más específicamente sin este gran texto de la Lumen Gentium, que concluye, como ya saben, por el capítulo VIII consagrado a la Virgen María. Para la mariología, los estudios marianos, e incluso la piedad mariana de hoy, este capítulo VIII es un texto de referencia. Vivimos este año el 20º aniversario de la gran encíclica que Juan Pablo II consagró a María. *Redemptoris Mater* es una meditación de Lumen Gentium y sobre todo de esta peregrinación en la fe. En *Redemptoris Mater*, el Papa dice que existe una relación entre María y la Eucaristía; y que es un hecho que la experiencia nos constata que en todos los santuarios marianos, María conduce a los fieles a la Eucaristía.

María y la Eucaristía tienen una relación muy profunda; como el Papa Juan Pablo II y su sucesor Benedicto XVI nos invitan a vivir la Eucaristía como María, a mi me gusta evocar a Don Bosco y su famoso sueño sobre “las tres blancuras”¹: Se trataba de la persona del Santo Padre (que desde el siglo XVI tradicionalmente se viste de blanco), la Virgen Inmaculada con la blancura de la flor de lis y la blanca hostia de nuestras eucaristías. Más allá de las imágenes, habría que meditar en la profunda unión teológica entre Pedro, María y la Eucaristía; entre el Vicario de Cristo, la Madre de Cristo y el mismo Cristo bajo las especies sacramentales. Veo en ello como tres “piedras de carne” que impiden que nuestra fe se devalúe en una gnosis, o degeneren en sistema ideológico, porque el peligro de quedarse en el nivel de las ideas o del discurso, acecha siempre al cristianismo. Ahora bien, ya sabemos que hay que amar con hechos y en verdad; nuestra fe no está construida sobre conceptos o teorías abstractas, sino sobre acontecimientos, hechos reconocibles en la historia de los hombres, especialmente sobre la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

La Virgen María y la Eucaristía aparecen de algún modo como las dos salvaguardas contra la tentación recurrente de una devaluación de la fe en gnosis. La perfección cristiana no consiste en tener opiniones exactas sobre Jesús o en conocer su catecismo de memoria sino, más bien, en vivir esta comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo que nos llena del Espíritu Santo. Por eso, debemos apuntalarnos contra estas “piedras de carne”:

-La Eucaristía no es abstracta sino que es el Cuerpo del Señor presente en el sagrario.

-La Virgen María nos garantiza que no hemos puesto nuestra fe en unas ideas abstractas sino en una persona de carne y sangre: Jesús de Nazaret. María no dio a luz un sistema genial de pensamiento sino un niño pequeño muy concreto. Ser cristiano, es poner su fe en Alguien. Jesucristo es el Verbo hecho carne.

Tenemos que meditar en este admirable intercambio del que hablan los Padres de la Iglesia y que hace que María de al Hijo de Dios la carne que no tenía. Tal vez se acuerden de este hermoso poema de Marie-Noël que pone en boca de la Virgen María:

*Dios mío, no tenías carne
Para partir con ellos el pan de la cena.
En la primavera de mi vida Tu carne me ha modelado
Hijo mío, soy yo quien te la ha dado.¹*

No se puede resumir mejor la profunda relación que une a María con la Eucaristía. Este cuerpo que recibimos en la misa en nuestras manos y sobre nuestros labios, es el mismo que la Virgen concibió en su seno.

AVE VERUM CORPUS

Gracias a Mozart, todos conocemos el magnífico himno latino *Ave Verum* y sus palabras tan profundas y límpidas: “Ave verum Corpus natum de Maria Virgine”. La relación de María y la Eucaristía es flagrante. Lo comprendemos bien porque es la Virgen quien ha dado al Verbo la carne que recibimos en la Eucaristía.

“*Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, jera el mismo cuerpo concebido en su seno!*” dice Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. En esta encíclica, el Papa consagra el capítulo sexto a la Virgen María: “En la escuela de María, mujer eucarística”. La Madre de Dios puede ser llamada, en cierto modo, madre de la eucaristía, puesto que la eucaristía es Cristo. Los otros sacramentos del Señor, son sólo la repercusión de su acción, pero el Santo Sacramento, es el Cuerpo mismo del Hijo de María. Hay una relación especial entre la Virgen y la Eucaristía.

Los últimos años del pontificado de Juan Pablo II estuvieron marcados por esta voluntad: que toda la Iglesia redescubriera el tesoro de la Eucaristía siguiendo la enseñanza de la Virgen María. Recordarán que, en los últimos años del pontificado de Juan Pablo II, hubo un año dedicado al Rosario (octubre 2002-octubre 2003) que, muy conscientemente, en el pensamiento del Papa, precedió al año de la Eucaristía (octubre 2004-octubre 2005) con el fin de que la Virgen nos introdujera en el misterio de la Eucaristía. En sus últimos textos, ya sea la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (Jueves santo, 17 de abril de 2003) o la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, presentan la relación entre María y la Eucaristía.

Veamos concretamente como María nos conduce a la Eucaristía. Para entrar en esta espiritualidad profundamente eucarística de la Virgen, es preciso partir de la Escritura. Uno de los mayores rasgos de la mariología del Concilio Vaticano II, es el de haber querido volver a sacar de la fuente de las Escrituras y ser profundamente bíblico. Es muy importante, sobre todo desde una perspectiva ecuménica, que nuestro discurso sobre María esté bien fundamentado en la Escritura. “*Mujer eucarística en profundidad, desde su actitud interior: desde la Anunciación, cuando se ofreció a sí misma para la encarnación del Verbo de Dios, hasta la cruz y la resurrección; “mujer eucarística” durante el tiempo después de Pentecostés, cuando recibió en el Sacramento el Cuerpo que había concebido y llevado en su seno*”.ⁱ Según la enseñanza de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, descubrimos con asombro que la vida de María es la más profunda catequesis sobre la misa.

La Anunciación

Comencemos por la primera de las escenas que es la Anunciación. María aparece primero en el evangelio de san Lucas, en la escena de la Anunciación. Y cuando se mira de cerca el relato de la Anunciación, san Lucas lo presenta conscientemente o no, como una misa. Se sabe que san Lucas, por ejemplo en los discípulos de Emaús o en el libro de los Hechos en el bautismo del eunuco, construye estos relatos de forma litúrgica. El Texto de la Anunciación, aparece también como una verdadera misa.

EL SALUDO: “EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO”.

En primer lugar, está el saludo del ángel Gabriel: “*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*” (Lc 1,28). La misa también comienza con el saludo del obispo o del sacerdote. En el Apocalipsis, san Juan llama al obispo, el Ángel de la Iglesia (Ap 2,1). Así, el ángel de la Iglesia saluda al pueblo cristiano, que se reúne para celebrar la Eucaristía, diciéndole las mismas palabras que el ángel Gabriel dirigió a María, es decir: “*El Señor está contigo*”. El obispo saluda a la Iglesia Esposa como el ángel saluda a María, figura de la Iglesia.

“*El Señor esté con vosotros*”, así es como empieza la misa. Tanto en griego, hebreo como en latín, no hay verbos. Cuando se dice: el Señor “esté con vosotros” o “está con vosotros”, es lo mismo que: *Dominus vobiscum*. Son las mismas palabras con las que comienza la misa y que el ángel Gabriel dirigió a la Virgen María. Entonces, me pueden decir: pero el ángel dijo a María: *kaire de kairemme*, es decir “alégrate, llena de gracia”. ¡Un saludo muy bonito! A menudo esta palabra *kaire* que emplea el ángel quiere decir efectivamente en el griego original: “alégrate”; lo que nos lleva a pensar que es formidable que la primera palabra que Dios dirige al inicio de nuestra Salvación sea “alégrate”, es decir, una llamada a la alegría. Pero hay que decir que también esta palabra se hace eco de los oráculos del profeta Sofonías o del profeta Zacarías “alégrate hija de Sión, porque el Señor está dentro de ti, como valiente salvador”. Pero también en griego corriente, es esta la denominación que se reserva a los grandes personajes, es un saludo protocolario. Me gusta recordarlo porque es, sin duda, algo muy conmovedor que Dios, cuando se dirige a la Virgen María por mediación de su Arcángel Gabriel, emplea esta palabra reservada a los grandes personajes. En los Hechos de los Apóstoles, tenemos este tipo de denominación cuando Pablo saluda a Festus o a Agripa. Cuando saluda a estos grandes personajes, Pablo emplea la palabra *kaire*. No es la denominación o la interpelación vulgar como cuando se dice: ¡hola! Es una expresión protocolaria.

Ustedes saben que otro sitio del Evangelio donde se emplea este *kaire* es un lugar muy sorprendente: en el momento de la Pasión del Señor. Los soldados romanos, que simulando el juego del rey, hacen de Jesús un rey para burlarse y le saludan diciendo: “*Kaire, rey de los judíos*”. “Salve rey de los judíos”. Emplean esta expresión protocolaria como burla. Pero esto nos muestra bien que este saludo está reservado sólo a los grandes personajes. Por eso me gusta conservar en la traducción francesa el trato de usted “Je vous salue” porque el *kaire* tiene este matiz de devoción y de respeto.

Es una hermosa interpelación, un bonito saludo y estoy a favor de que los cristianos, para saludarse cuando se encuentren en la calle, en lugar de decirse “hola”, se digan: “*kaire*” o como los primeros cristianos: “*El Señor viene, maranathá*”, una manera de exhortarse mutuamente a la esperanza y a la alegría.

EL RITO PENITENCIAL

“*El Señor está contigo*”, es así como empieza la misa. Inmediatamente después de este saludo, se nos dice que María estuvo profundamente preocupada. ¡Se comprende! Recibir la visita de un arcángel, es algo sorprendente, incluso si María estaba familiarizada con este mundo celeste. Pero lo que produce la turbación es el saludo. Y, ¿por qué se turbó? Probablemente porque nunca le habían manifestado tanto respeto y deferencia. Me gusta comparar esta turbación de María con la turbación de Bernardita de Lourdes a quien la Santísima Virgen la trató de usted: “*¿quiere hacerme el favor de venir aquí durante 15 días?*”. Nadie había tratado nunca de usted a Bernardita y nunca la habían tratado con tanto respeto. En este caso, María también se siente turbada ante el respeto y ante esta nominación “Llena de gracia”. Esta turbación corresponde en la misa al acto penitencial. La Iglesia, que acaba de ser saludada “El Señor está contigo”, se turba, se reconoce indigna de tal presencia, de tal saludo.

LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS

A continuación vinieron las palabras, el mensaje que el ángel transmitió con claridad, como buen mensajero celeste. Y María escucha esta palabra que el ángel le dice de parte de Dios. Como en la misa, después del acto penitencia, viene la escucha de la Palabra de Dios. La escuchamos. Y es ahí, donde evidentemente podemos aprender de María a escucharla. En la iconografía cristiana, se representa siempre a María con su librito encima de las rodillas, dando la idea de que meditaba la Palabra de Dios. No se conoce si sabía leer. Tal vez si o quizá no, poco importa, de cualquier manera ella es la mujer de la Palabra

de Dios y vemos bien a través de su Magnificat, hasta que punto estaba moldeada por esa Palabra. Es importante para nosotros, escuchar esta Palabra; la Virgen María, que es Nuestra Señora del Si, nos enseña a escucharla. Tal vez, durante la misa, es la parte a la que tendríamos que dar mayor relieve, en todo caso el Concilio Vaticano II restableció un Leccionario rico y abundante, con lecturas de la Palabra de Dios abundantes y variadas. Pero desgraciadamente, quizá es la parte que los fieles pierden con más frecuencia, no sólo porque llegan con retraso, sino sobre todo por la falta de atención dada a esta Palabra de Dios. Me gusta citar el texto de Orígenes (Padre de la Iglesia fallecido en el año 253) cuando decía: “del mismo modo que nadie querría dejar caer una miga del precioso cuerpo del Señor, igualmente es sacrílego y blasfemo dejar pasar una sola palabra de la Palabra de Dios”, porque la Palabra de Dios no tiene menos valor que el santísimo cuerpo del Señor. La negligencia en la escucha de la Palabra de Dios es tan condenable como lo es en la veneración del Santísimo. Es pues una llamada a la vigilancia y a la escucha de la Palabra de Dios.

LA HOMILÍA

Luego, una vez ha escuchado, la Virgen María hace una pregunta: “¿Cómo sucederá esto, si soy virgen?” Es muy importante que las primeras palabras de la Virgen María sean en forma de pregunta. A menudo los cristiano, y especialmente los jóvenes, se preguntan si está permitido hacer preguntas, pensando que si se comienza por cuestionarse en su fe, ¡quiere decir que ya no tienen fe! Una especie de inquietud. Es legítimo y normal hacerse preguntas. Pero hay formas de hacerlas, por ejemplo: no comprendo bien tal cosa o ¿cómo puedo comprender tal cosa? es lo que hizo la Virgen María. Ella hace una pregunta: “¿Cómo podrá suceder esto?” Es la pregunta de la homilía. El objetivo de esta es cuestionarse: “¿Cómo podrá suceder esto?”, es decir, ¿de qué manera la Palabra de Dios que acabamos de oír va a realizarse concretamente en la vida de cada uno de los fieles? ¿Cómo va a ponerse en práctica esta Palabra? Esto es la homilía. La homilía no es un curso de teología, es una conversación familiar. El termino griego “homilía” significa “conversación familiar”. (En Grecia, en los autobuses, detrás del conductor, está escrito: está prohibido hacer una homilía con el conductor, es decir, entrar en conversación con el conductor). Me gustaría que se encontrara este estilo en nuestras homilías. No estamos en tiempos de los Padres de la Iglesia cuando el pueblo interpelaba al orador y recíprocamente. Había una especie de conversación sin orden ni concierto que se instauraba entre el pueblo de Dios. Hoy, nuestras homilías son muy estudiadas.

Encontremos de nuevo esta conversación familiar y preguntemos al texto: ¿Cómo podrá suceder esto? ¿en qué me concierne esta Palabra de Dios y cómo la voy a poner en práctica?

LA EPÍCLISIS: “EL ESPÍRITU SANTO VENDRÁ SOBRE TI”

Conocemos la respuesta a “¿Cómo sucederá esto?”: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti”. Y es la respuesta a todos nuestros comos. ¿Cómo evangelizaré a mis próximos? ¿Cómo voy a llevar el evangelio a todos los descreídos que encuentro? El Espíritu Santo vendrá sobre ti. ¿Cómo voy a perdonar a esta Hermana que no puedo soportar y que me juega malas pasadas? El Espíritu Santo, vendrá sobre ti. El Espíritu Santo es la respuesta a todos nuestros comos.

En la misa, es en el momento de la epiclesis cuando se invoca al Espíritu Santo. ¿Cómo este pan y este vino se convertirán en el cuerpo y la sangre del Señor? El Espíritu Santo vendrá sobre ellos. ¿Cómo este cúmulo de fieles heteróclitos van a ser el pueblo de Dios, agregados en el solo Cuerpo de Cristo? El Espíritu Santo vendrá sobre ellos.

¡AMEN! ¡FIAT!

Luego viene el momento determinante del Fiat, el Sí de María. Probablemente es el momento más considerable de toda la historia de la humanidad. El Verbo de Dios se encarna con el Si que María pronunció. El Cardenal de Bérulle decía que el Si de María fue más considerable en sus efectos que el Si de Dios al comienzo del mundo porque cuando Dios creó la luz (Fiat lux), El comenzó la gran obra de la creación. Este Fiat de Dios en el comienzo del mundo creó la criatura, la luz, mientras que el Fiat de María hizo que viniera el Creador, el Verbo de Dios que entra en nuestro mundo.

El papa Juan Pablo II pone el Fiat de María en relación con el “Amén” que cada uno de los fieles debe pronunciar en el momento en que va a recibir la Eucaristía: “El Cuerpo de Cristo, ¡Amén!”. Propongo que este Amén pronunciado por los fieles, sea dicho de otro modo, más vibrante, porque en su Fiat, María no lo dijo sin entusiasmo. El verbo *denoito* en griego traduce una especie de entusiasmo: “¡Ah si, que se haga según tu palabra!”. Es con entusiasmo como recibimos el Cuerpo del Señor uniéndonos plenamente a este Señor que se nos da. “*Existe, dijo Juan Pablo II, una analogía profunda entre el Fiat que María responde a las palabras del ángel y el Amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el Cuerpo del Señor*”.

LA ENCARNACIÓN

Desde que María pronunció su Fiat, el Verbo se encarnó en ella y no antes.

Entre paréntesis, en el Ángelus, tal y como lo decimos hoy, se ha cortado el Si mariano. *El Angel de Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo.* María dijo primero Si. No es porque el ángel anunció por lo que el Señor se encarnó. Es porque María dijo Si. En otro tiempo, se respetaba más este Sí mariano.

LA VISITACIÓN

EL ENVÍO

Desde que María dijo Si, el Verbo se encarna en ella y el ángel la dejó, dice el texto de la Anunciación. Es el tiempo del envío. Hay que acordarse de que la misa es esencialmente un envío como el nombre lo indica. Inmediatamente, María vuela al servicio de su prima Isabel. Es la escena de la Visitación la que comienza aquí. Y María, nos dice el Evangelio de Lucas, que va rápidamente. Los Padres de la Iglesia se preguntaron por qué esta prisa. La primera hipótesis es la de que María va a verificar el signo que el ángel acaba de darle: “*También tu parienta Isabel está encinta, ella a la que llamaban la estéril*”. Pero muy pronto, los Padres de la Iglesia descartan esta hipótesis. María no necesita verificar las declaraciones del Señor, su fe es total, está contenta porque cree sin haber visto. Esta prisa sólo se explica por su caridad porque, como dice el apóstol “*Caritas urget nos*” (La caridad nos apremia); María tiene prisa por servir a su prima Isabel.

Es importante porque María nos enseña así cómo la Eucaristía nos lleva al servicio de nuestros hermanos. Además, no hay mejor síntoma de una “buena comunión” que esta prisa por servir a nuestros hermanos. Sabemos que la misa ha sido fructífera cuando tenemos prisa por servir a los demás. La desgana por ir a servir a nuestros hermanos es la señal de que no hemos recibido como es debido la Eucaristía del Señor. Como los Padres de la Iglesia dijeron y como lo repite el Catecismo de la Iglesia católica, la Eucaristía nos lleva al servicio de los pobres. La Eucaristía compromete hacia los pobres. Para recibir en verdad el cuerpo y la sangre de Cristo, entregado por nosotros, debemos reconocer a Cristo presente en los pobres sus hermanos. En su exhortación apostólica post-sinodal sobre la Eucaristía, *Sacramentum caritatis*, Benedicto XVI habla de coherencia eucarística. “*Sería incoherente alimentarse del Pobre sin alimentar a los pobres*” decía San Agustín. Hay que alimentarse del Pobre para poder alimentar a los pobres. La Eucaristía, pues, nos lleva a los pobres nuestros hermanos.

Podemos hacer aquí alusión a las cinco “P” de la presencia de Cristo:

- Cristo está presente en el **Pueblo de Dios reunido en su nombre.**
- Cristo está presente en el **Padre**, el ministro que celebra.
- Cristo está presente en **su Palabra.**
- Cristo está presente en el **Pan eucarístico.**
- Cristo está presente en el **Pobre** al que se identifica.

LLEVAR A DIOS DENTRO DE SÍ

María corre hacia las montañas de Judea, camina en las alturas. El Señor le da la agilidad de una gamuza, como dice la Escritura; Ella lleva en sí el Cielo, es normal que camine en las alturas. “*Es el primer*

tabernáculo de la historia; ejecuta la primera procesión eucarística de la historia...” todas estas expresiones son de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. Es la Virgen, teóforo (es decir la que “lleva a Dios” dentro de sí)

Nos podemos preguntar si tenemos este ardor o este entusiasmo cuando salimos de misa. El Cura de Ars empleaba una expresión muy clara para expresar esto. Él decía: *“después de la misa, los cristianos tendrían que volver a sus casas tan contentos como los Reyes Magos si hubieran podido llevarse al Niño Jesús con ellos”*. Nosotros somos teóforos cuando comulgamos, como la Virgen es teóforo. Llevamos a Dios y Le llevamos a nuestras visitas diarias. Porque la escena de la Visitación, la vivimos después de la misa, cuando vamos al encuentro de los demás. Imaginemos un marido que ve volver de misa a su mujer y le dice: *“¿Cómo tengo el honor de que la que lleva a Dios en ella viene hasta mí?”* Cuando en el momento de la Visitación, escribe el papa Juan Pablo II, *María lleva en su seno el Verbo hecho carne, en cierto modo se convierte en el primer tabernáculo de la historia en el que el Hijo de Dios, aún invisible a los ojos de los hombres, se presenta a la adoración de Isabel, casi irradiando su luz a través de los ojos y la voz de María: “¿Quién soy yo para que venga a mi madre de mi Señor?”*

Me gusta la palabra de la Escritura en el Libro del Éxodo donde Dios dice a Moisés: *“Hazme un santuario para que pueda residir en medio de ellos”*. Los cristianos, que salen de misa después de haber comulgado, pueden oír esta palabra. Nosotros somos el santuario que permite a Dios residir en medio de los hombres. El Señor estará presente en la fiesta de familia que reunió a todas esas personas que no pensaron en absoluto en santificar la fiesta de Navidad al ir a misa, pero como la anciana tía sí que estuvo, ella lleva a Dios en esta fiesta de familia olvidadiza del misterio de Navidad.

LA ACCIÓN DE GRACIAS

Isabel saluda a María como si fuera “el arca de la Alianza”. Sabemos que el relato de la Visitación está enteramente calcado en la subida del arca de la Alianza hacia Jerusalén cuando se detiene en casa de Obededum donde se pronuncian las mismas palabras. Y María pronuncia su Magnificat. Como Miriam, hermana de Moisés, pronunció este gran canto que exhortaba a todo el pueblo a la alabanza, María exhorta a la alabanza. Ella es el “tamborilero” de la Iglesia, que la conduce a la oración y a la alabanza. El papa Juan Pablo II dijo: *“Si el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayudará a vivir el misterio eucarístico tanto como esta espiritualidad. La Eucaristía nos ha sido dada para que nuestra vida, como la de María, sea enteramente un Magnificat”*.

Cuando releemos el Magnificat, nos damos cuenta de que lo que hace María es dar gracias a Dios, hace Eucaristía puesto que Eucaristía significa dar gracias. Vamos a misa para dar gracias. María da gracias en su Cántico del Magnificat haciendo memoria porque (desgraciadamente la traducción francesa no permite darse cuenta de ello) en el Magnificat los verbos están en pasado: el Señor elevó a los humildes, colmó a los hambrientos, despidió a los ricos con las manos vacías, etc. En el Magnificat, se hace memoria de todas las obras del Señor y damos gracias por ello. Dar gracias haciendo memoria, o hacer memoria dando gracias, es la misa. Cuando vamos a misa, damos gracias haciendo memoria: *“Haciendo aquí memoria de la muerte y de la resurrección”*. Damos gracias y es importante acordarse de que la misa esta hecha para dar gracias. Orígenes decía: *“Los cristianos celebran la misa porque no son desagradecidos”*. Nuestra gratitud hacia Dios se expresa a través de la Eucaristía. *“¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”* dice el salmo. Y ya saben la respuesta que se encuentra en el versículo siguiente: *“alzaré la copa de la salvación”*. El modo como los cristianos pueden dar gracias es la Eucaristía, porque la Eucaristía, es el agradecimiento de Cristo a su Padre: *“Padre, te doy gracias porque se que Tu me escuchas siempre”*. La misa es dar gracias al Señor por todos los beneficios que ha hecho por nosotros.

Es lo mejor de la espiritualidad judía y María se muestra verdadera hija de Sión puesto que la espiritualidad judía está marcada y acentuada por estas bendiciones incesantes en todas las circunstancias de la existencia. María nos enseña a hacer de nuestra vida una Eucaristía: *“dad gracias a Dios en todo momento”* dice San Pablo con salmos, himnos y cánticos inspirados: dar gracias incluso cuando tenemos alguna dificultad, siempre habrá un aspecto por el que podremos dar gracias. Decir con san Pablo: *“cuanto soy, lo soy por la gracia de Dios”*. Cuanto más María podía decir esto.

LA NATIVIDAD

Y más tarde, llegamos a los relatos de **Navidad** y de la infancia y así se termina el ciclo de la Natividad. La relación entre Navidad y la Eucaristía evidentemente es bien conocida. No necesito insistir:

- Jesús nace en Belén (en hebreo, Belén significa la casa del pan),
- Jesús nace en un pesebre manifestando desde el principio que quiere darse en alimento, que es el verdadero pan de vida.

Luego vino **la visita de los pastores y los magos**. Ahí también, si retomamos el relato de la epifanía en San Mateo, se cumple una especie de misa. ¿Qué hacen los magos? Primero se reúnen, luego escuchan la Escritura (En Jerusalén se les lee el libro del profeta Miqueas), luego, adoran a Jesús presente con María en el pesebre. Le llevan presentes, viven un ofertorio y reciben la presencia de Cristo Jesús. Cuando aportan los presentes para Jesús, evidentemente no es el niño Jesús quien los recoge, sino María. Sus presentes pasan por las manos de María. Es la Virgen María quien recibe el oro, el incienso y la mirra y seguidamente se los dará a Jesús. También nosotros podemos hacer pasar nuestros presentes por las manos de María. Lo que llevamos a Jesús, hagámoslo pasar por las manos de María.

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

La epifanía es también como una misa que conduce a la adoración; porque los magos vinieron para Adorarlo. También ahí, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI, nos presentan una poderosa invitación para encontrar de nuevo el sentido de la adoración eucarística. En *Sacramentum caritatis* n° 66, el Papa Benedicto XVI recuerda que tiene sentido adorar la Eucaristía, contrariamente a lo que se ha podido decir sobre la Eucaristía, que fue hecha para ser comida y no para ser adorada. El Papa cita a San Agustín que ya demostró que no se puede comer la Eucaristía más que porque la adoramos y se la adora porque está llamada a convertirse también en nuestro alimento; hay una relación entre la adoración y la comida de la Eucaristía. Los magos se prosternaron ante el Niño Jesús. ¿Tenemos nosotros el sentido de la adoración? Antes de hablar, nuestros gestos silenciosos, nuestra manera de inclinarnos o de arrodillarnos pueden expresar nuestro espíritu de adoración.

LA PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO

LA EUCARISTÍA ES EL SACRIFICIO DE TODA LA IGLESIA

Es la Virgen quien ofrece y presenta a su Hijo; porque la Presentación no es una presentación en el sentido de que la Virgen María presentaría su hijo a Dios. Es una ofrenda. El templo es el lugar del sacrificio, como nos lo recuerdan los dos pichones. Entramos ya aquí en la dimensión sacrificial de la Eucaristía. La Eucaristía es el sacrificio de toda la Iglesia: Jesús se ofrece a su Padre y Jesús es ofrecido por la Iglesia, por la Virgen María que representa la Iglesia.

¿Tenemos conciencia de que el sacrificio de la misa es el sacrificio de toda la Iglesia? Es decir que nosotros mismos somos “ofrendas” cuando estamos en la misa. Además, se dice en la Oración eucarística: “Que el Espíritu Santo haga de nosotros una eterna ofrenda para tu gloria”. La dimensión sacrificial de la Eucaristía es evidentemente esencial. ¿Qué venimos a hacer a la misa? Se viene a ofrecerse a sí mismo a Dios con Cristo que se ofrece. En la misa, aprovechamos el “ascensor Crístico”. De hecho, la misa es la ofrenda que Cristo hizo de El mismo a su Padre. Y nosotros, nos agarramos a Cristo para ofrecernos con El. El Cura de Ars, con su manera tan particular de regatear con Dios (como Abraham), decía a Dios Padre cuando celebraba la misa: “*Te ofrezco a tu Hijo pero tu me das lo que te pido*” ¡Y lo obtenía todo! En cada misa, nos ofrecemos con Cristo a su Padre.

Durante la escena de la Presentación, María comprendió cómo también ella tendría que ofrecerse con su hijo, cuando el anciano Simeón le dijo: “*Y a ti, una espada te traspasará el alma*”. Esta ofrenda de nosotros mismos no sólo está expresada oralmente sino también simbólicamente por los gestos. Esa gotita

de agua que se pone en el cáliz y que pasa tan a menudo desapercibida, somos nosotros mismos: “Como esta agua unida al vino por el sacramento de la Iglesia...” En el siglo III San Cipriano dijo ya a los acuarianos que querían celebrar la misa solamente con agua. “es preciso celebrar la misa con vino, pero con vino cortado con un poco de agua, porque esta agua somos nosotros”. Si sólo se ofrece el vino, es Dios quien se ofrece sin nosotros. Y si se ofrece sólo agua, somos nosotros quienes nos ofrecemos sin Dios. Con esta gotita de agua en el vino, es al Señor Jesús al que nos unimos, quien se ofrece a Dios su Padre.

El Concilio Vaticano II ha trabajado mucho por una participación consciente, activa y fructuosa de todos los fieles a la Eucaristía. Y a menudo, esto se ha traducido de manera demasiado débil, sin llegar a lo que el Concilio ha querido decir por el hecho de que es la Señora X quien hace la lectura, el Señor Y quien toca la guitarra y es la Señora Z la que hace la colecta. Esto no es la participación consciente, activa y fructuosa sino más bien, inculcar a todos los cristianos que cuando están en misa, no son nunca espectadores sino que se ofrecen ellos mismos. La participación consciente, activa y fructuosa, consiste en decir: “es mi sacrificio, soy yo quien me ofrezco con Cristo”. Somos pues, actores en este sacrificio de Cristo.

CANÁ

LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN DICHA CON CONFIANZA

A continuación viene la escena de **Caná**. La misa es el lugar de la oración comunitaria; se puede ofrecer la misa por intenciones particulares, por ejemplo. Y María nos enseña a interceder. En Caná, Ella dice a su hijo: “*No tienen vino*”. Y este modo de rezar de María es muy valioso. Rezar no puede consistir nunca en decir a Dios lo que debe hacer. Nuestra oración a menudo se parece a esta: “Dios mío, que se haga mi voluntad”. Rezar no puede consistir en decir a Jesús: “haz todo lo que yo diga”. María nos enseña lo contrario diciendo: “*haced lo que El os diga*”. Orar nunca puede consistir en decir a Dios: “Señor, escucha, tu siervo habla”, sino más bien en decir: “*Señor, habla, tu siervo escucha*”. Con frecuencia es preciso cambiar nuestra manera de rezar. Del mismo modo que no podemos rezar en imperativo diciendo: “Señor, haz esto, haz lo otro”. María no se dirige a Jesús de este modo imperativo. Ella dice: “Señor, no tienen vino”. El Señor es suficientemente grande para saber lo que debe hacer. Un poco como las hermanas de Lázaro, Marta y María: no van a Jesús para decirle: “Señor haz algo, el está enfermo, ven a curarlo”, sino que ellas dicen: “*Señor, tu amigo está enfermo*”. Presentamos a Dios la situación y El, sabe lo que más nos conviene. Y en el caso de Lázaro, Jesús va a actuar, no curando a Lázaro, sino de un modo más glorioso y más poderoso porque El sabe lo que es mejor.

EL SACERDOCIO BAPTISMAL

Esta confianza de María que aún no ha visto ningún milagro y que sin embargo espontáneamente dice: “*Haced lo que El os diga*”, sabe que basta con decir a Jesús: “*No tienen vino*” para que El intervenga. La confianza de María en su hijo y su solicitud para con nosotros. En el relato de Cana, María interviene aún cuando nadie se lo ha pedido y tal vez, nadie se ha dado cuenta de que faltaba vino. Pero ella ve la necesidad humana y se la presenta a su hijo. Nos podemos preguntar si María intercede de este modo con los que no pedían nada, cuanto más intercederá por aquellos que cada día le dicen: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”

En Cana, María realiza su función sacerdotal. Habla de los hombres a Dios: “*No tienen vino*”; habla de Dios a los hombres: “*haced todo lo que El os diga*”. Ella hace de puente, de unión. Ahora bien, el sacerdocio es hacer la unión entre el Cielo y la tierra. Nosotros que estamos marcados por el sacerdocio bautismal, ¿qué hacemos? Cuando estamos ante Dios, le hablamos de los hombres, de los que hemos encontrado, rezamos por unos y por otros; cuando estamos ante los hombres, hablamos de Dios; hacemos la unión. En esto consiste el sacerdocio bautismal, en llevar la tierra a Dios y a Dios a la tierra.

“HACED ESTO EN MEMORIA MÍA”

Al decir *“Haced todo lo que El os diga”*, María se hace eco del Israel fiel quien en el momento de la Alianza del Sinaí, repitió como un estribillo: *“Haremos todo lo que el Señor ha dicho”*. Esto se repite sin cesar. Desde que Moisés dijo todas las palabras de la Alianza, todo el pueblo ratifica: *“Haremos todo lo que el Señor ha dicho”*. María que representa al fiel Israel, dice: *“Haced todo lo que os diga el Señor”*. Evidentemente, el papa Juan Pablo II enlaza la orden de María: *“Haced todo lo que El os diga”* con la orden de Jesús: *“Haced esto en memoria mía”*. Hay una relación entre estas dos ordenes y cuando celebramos la misa en memoria de Jesús, como nos ha recomendado hacerlo, cumplimos, entramos en este consejo de la Virgen María: *“Haced todo lo que El os diga”*.

EL FESTÍN DE LAS BODAS DEL CORDERO

Con la solicitud maternal con la que da testimonio en las bodas de Cana, María parece decirnos: no tengáis ninguna duda, tened confianza en la palabra de mi Hijo; El, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre. Evidentemente, Cana es un milagro eucarístico: el agua convertida en vino prefigura el vino cambiado en sangre. De alguna manera es una primera transustanciación y es bueno también recordar que en la misa, no sólo hay pan sino también vino. Está el pan de la necesidad y el vino de la fiesta. Es bueno recordar que la misa es igualmente el festín de las bodas del Cordero.

En los primeros tiempos de la Iglesia, las Eucaristías estaban unidas a los banquetes fraternales. Los cristianos se reunían (discretamente porque era una época de persecución), tomaban una comida fraterna entre ellos y en un momento dado, el presidente de la asamblea golpeaba sobre la mesa, a modo de señal, y decía *“Sursum corda”*, es decir, *“Levantemos nuestro corazón”* y se pasaba a la Eucaristía propiamente dicha. Es importante encontrar este aspecto festivo y sobre todo fraterno de la Eucaristía. Es un banquete fraterno, es la comida del Señor con una nota alegre.

Entre paréntesis, cuando, para una Eucaristía, ponemos un poco de vino en la vinajera, ¿cómo representar la abundancia del festín mesiánico? Nuestros signos sacramentales son a menudo reducidos a tan pocas cosas que se convierten en imperceptibles. Lo mismo ocurre en el bautismo y la confirmación. Para significar el flujo impetuoso de la gracia divina, el sacerdote bautiza con tres gotitas de agua. Para confirmar, el aceite debe chorrear *“como en la barba de Aaron”*, pero a menudo, el obispo pone sólo una pequeña marca. Los sacramentos son signos que causan lo que significan, pero si los signos son reducidos a casi nada, no hay sacramento. Es importante que los signos sean realmente signos.

AL PIE DE LA CRUZ

UNA ESPADA TRASPASARÁ TU ALMA

Desde los comienzos del Evangelio, encontramos la Cruz en filigrana de los mínimos hechos y gestos de Jesús. Ella está anunciada misteriosamente por todas partes. El drama pascual sólo es el apogeo de un combate que fue el de Cristo durante su ministerio terrestre. Además nos cuesta situar el comienzo de la Pasión del Señor.

Desde su nacimiento, está albergado en el fondo de una gruta cubierto de mantillas (enfajado) como una momia en su sepulcro; los Magos le aportan mirra, presagio de su enterramiento; Herodes le busca para matarle; Simeón predice que una espada traspasará el corazón de la Virgen, su madre; Raquel llora en Ramá la muerte de los santos Inocentes; José debe conducir al exilio a la Sagrada Familia...

Cuando crece, permanece como enterrado en esta aldea indigna de Nazaret; no aparece demasiado a los ojos de los hombres que lo tienen por el hijo del carpintero; se pierde y sus padres lo buscan angustiados durante tres días como para anunciar los tres días de su óbito.

Cuando comienza su vida pública, el Bautista lo designa como el Cordero de Dios, el que está preparado para el sacrificio; desciende a las profundidades de la tierra, sumergido en las aguas anunciadoras de este bautismo que está impaciente por cumplir (cf. Lc 12, 50); la paloma, animal ofrecido

en sacrificio por su rescate, significa el Espíritu por el que El hará la ofrenda de si mismo al Padre (cf. He 9, 14); y la voz del Padre lo designa como el Hijo muy amado, es decir como el nuevo Isaac...

Cuando realiza milagros, sus acusadores sólo buscan perderlo. Cuando enseña a las multitudes, lo tratan de blasfemo. Cuando asiste a las bodas, lo toman por un borracho y un glotón... verdaderamente el anciano Simeón tenía razón cuando profetizó a María: “Este niño será signo de contradicción para la caída y el levantamiento de Israel”

Esta frase, María la meditó viviendo tantos acontecimientos que superaron su comprensión humana pero que por la fe sabía que eran el cumplimiento del designio de Dios. Al pie de la Cruz, María no podía olvidar ese día en el que, con José, fueron a presentar a su primer hijo al Templo. Esta presentación fue ya una ofrenda. En Israel, era de ley ofrecer a Dios todas las primicias: los primogénitos del rebaño, los primeros frutos de la vendimia, el hijo mayor de la familia... así, se tenía conciencia de dar a Dios lo que de El se había recibido. “Bendito seas Señor, Dios del Universo, tu que nos das estos bienes, y nosotros te los presentamos...” Es el mismo movimiento de la misa: el sacrificio eucarístico por el que damos gracias.

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ

María, al pie de la Cruz, como en otro tiempo en el Templo, es la Virgen que ofrece. En *Ecclesia de Eucharistia* (nº 56), Juan Pablo II escribe: “Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de ‘Eucaristía anticipada’ se podría decir, una ‘comunidad espiritual’ de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período post pascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como ‘memorial’ de la pasión”. Ella nos permite entrar en la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Está plenamente asociada al sacrificio de su Hijo. Ella representa a la Iglesia que en la Misa, se ofrece con Cristo. El rol de María en la misa está en función de su papel en el sacrificio redentor puesto que la misa no es otra que el sacrificio de la Cruz.

Este único rol que Dios confió a María y que ella ejerció toda su vida y sobretodo en el Calvario, es el de “cooperadora de la Redención” como lo dice Juan Pablo II¹. Y como cada vez que se celebre el sacrificio eucarístico, es “la obra de nuestra redención que se cumple”, entonces, no hay duda que María coopera en cada una de nuestras misas.

EL SACRIFICIO DE TODA LA IGLESIA.

En efecto, la misa es el sacrificio del Cristo total, es decir de Cristo Cabeza y de Cristo Cuerpo. Ahora bien, el Cuerpo de Cristo es la Iglesia, quien perfectamente unida a Cristo Cabeza, se ofrece con El. Por eso el sacerdote dice: “Oremos juntos en el momento de ofrecer el sacrificio de toda la iglesia”.

María desde la Anunciación, “abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma”¹. En el Calvario es la figura admirable de la Iglesia que ofrece y ella misma es ofrecida en lo que ofrece. Ella nos enseña a vivir el sacrificio de toda la Iglesia para gloria de Dios y salvación del mundo.

En efecto, es Jesús quien se ofrece a su Padre pero nosotros nos ofrecemos con él, como miembros de su Cuerpo. Cristo ofrece su Iglesia y está simbolizado con el rito de la gotita de agua que el sacerdote vierte en el cáliz, mezclado en el vino. Esta pequeña gota de agua: somos nosotros. Cuando se mezcla el agua con el vino en el cáliz, es el pueblo el que se hace uno con Cristo.

En la plegaria eucarística, los verbos están en plural: “rezamos, ofrecemos...”. En el sacrificio eucarístico, encontramos la posibilidad de estar asociados al movimiento de Cristo que se ofrece a su Padre. Según las palabras de San Pablo, se trata “de ofrecer nuestras personas como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, en eso consiste el culto espiritual que tenemos que dar” (Rm 12,1). Cuando los cristianos van a misa, se ofrecen ellos mismos al Padre que está en el altar con Cristo.

EL MEMORIAL

Los fieles están al pie del altar como María estuvo al pie de la Cruz. La misa es el sacrificio del calvario sacramentalmente presente. Ella no constituye solamente la evocación del acontecimiento de la Pasión y de la muerte del Señor, ella es la “re-presentación” sacramental. “Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa a los largo de los siglos”, dice el Concilio Vaticano II¹. La elevación de la hostia representa la elevación de Jesús en la Cruz y la de Jesús en la gloria. En la misa hacemos memoria de la muerte y de la resurrección de Cristo.

LA CENA Y LA CRUZ

¿De qué modo participó María en la Cena? ¿Estaba presente cuando Jesús instituyó el sacrificio eucarístico? Los Evangelios no lo dicen. Claro es que, ¿podemos pensar que ella estuvo en el cenáculo, puesto que al día siguiente, la vemos en Jerusalén seguir a su hijo en el Gólgota?¹ Pero podemos también decir que no tenía necesidad de participar en la prefiguración del sacrificio, ella que estuvo tan estrechamente asociada al sacrificio mismo.

El Jueves santo, Jesús dispuso, de antemano para sus discípulos, los alimentos de la vida eterna. Dios no quiso recrear al hombre en la Pascua de Cristo sin asegurarse que este hombre nuevo tendría de qué sustentarse. Por eso, la víspera de la muerte de Cristo, instituyó el alimento del mundo nuevo. La Cena y la Cruz son indisolubles en el plan de Dios. La Eucaristía es el resultado de esta unidad.

EL ÚNICO SACRIFICIO DE LA CRUZ

La misa es el sacrificio de Cristo, no otro, porque este sacrificio es único, en ella se actualiza; no es más ni menos, es el único sacrificio del Calvario hecho presente. Al celebrar la misa se renueva el acontecimiento de la Cruz (y no se reitera) y ella lo celebra renovándola (no solamente haciendo memoria). Podemos decir que la misa “representa” el sacrificio del Calvario a condición de tomar el verbo representado en todo su sentido: hacerlo presente.

El Concilio Vaticano II expresa esta verdad en una sorprendente frase: “Cuántas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en el que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado, se efectúa la obra de nuestra redención.”¹ Es decir de qué manera la Virgen Inmaculada está presente en cada una de nuestras misas, porque en ella “la Iglesia admira y ensalza el fruto más óptimo de la Redención”¹.

“JUNTO A LA CRUZ ESTABA SU MADRE” (Jn 19, 25)

Con estas sencillas palabras, el evangelio nos enseña que en adelante ninguna misa podrá celebrarse sin la presencia de María. Puesto que la misa es el sacrificio del Calvario, la Virgen está allí, de pie en nuestros altares y es ella, figura de la Iglesia, la que ofrece su Hijo por la salvación del mundo.

Ella vive lo que el papa Juan Pablo II llamó “kénosis de la fe, la más profunda de la historia”¹. En efecto, ella constata el exacto contrapunto de todo cuanto el ángel Gabriel le había anunciado. El que debía de ser grande, es el hazmerreír de todos; el que debía de subir al trono de David, fue colgado en la cruz; aquel cuyo reino no debía tener fin, muere en la Cruz. Y sin embargo, María cree en el cumplimiento de las promesas de Dios transmitidas por el ángel. ¡Ella cree! Cree contra toda apariencia, como nosotros creemos en Cristo presente en las especies eucarísticas contra toda apariencia. El que comulga debe también aceptar esta kénosis de la fe. Cree en la palabra de Jesús: “Este es mi cuerpo” cuando todos los signos sensibles le muestran que es pan.

“MUJER AHÍ TIENES A TU HIJO” (Jn 19, 26)

Como en Caná, Jesús interpela a su madre con este vocativo “Mujer” manifestándola como la Mujer por excelencia, la nueva Eva. Al recibir al discípulo amado en vez de Jesús, María acepta despojarse de su maternidad divina.

Cuando el soldado romano traspasa el corazón de Jesús ya muerto, es María, de pie junto a la Cruz, quien recibe este golpe en su alma, según la profecía del anciano Simeón: “Y a ti una espada te traspasará el alma”. Es este corazón abierto de María el que recibe místicamente la sangre manada del corazón abierto de Jesús.

María está al pie de la Cruz, la Iglesia comulgante.

De la Pascua a Pentecostés

Los Evangelios no nos dicen nada de María el día de Pascua. Incluso podemos pensar que ella se beneficiaría de una aparición pascual del Señor resucitado, esto no está mencionado. En cambio, la Escritura nos señala la presencia de la madre de Jesús en el cenáculo, con toda la Iglesia, a la espera del Espíritu Santo (cf Hc 1, 14).

LA MADRE DE LA IGLESIA

La que dio a luz al Salvador en la Natividad, debía alumbrar a la Iglesia en Pentecostés. En efecto, Pentecostés es en cierto modo, el “nacimiento” de la Iglesia. Si la Iglesia está concebida desde el origen, como “la intención de Dios de salvar a todos los hombres”ⁱ, en cambio, nació en Pentecostés. Por el poder del Espíritu, la Iglesia sale del cenáculo como para su nacimiento. María preside este nacimiento, es la Madre de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo. No es anodino que sea el mismo lugar el de la institución de la Eucaristía y el del nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés. La Iglesia nace de la Eucaristía. La Eucaristía hace la Iglesia. Pentecostés corresponde en nuestras litúrgicas eucarísticas a la segunda epiclesis por la que pedimos que el Espíritu Santo haga de nosotros un solo cuerpo. María que vivió su primera epiclesis durante la Anunciación, cuando el Espíritu la cubrió con su sombra para que el Verbo se encarnara en ella, vive como una segunda epiclesis. El Espíritu la inviste en su papel de Madre de la Iglesia.

Cada misa, a decir verdad, es un pequeño Pentecostés en el que la Iglesia reunida bebe del Espíritu, refuerza sus lazos de caridad y es enviada al mundo. Los fieles deberían salir de la celebración eucarística como los apóstoles salieron del cenáculo el día de Pentecostés: ebrios de alegría y proclamando a todo el mundo, las maravillas de Dios. La Eucaristía hace a la Iglesia apostólica y misionera.

Durante la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana, estamos reunidos para ser enviados. La Iglesia es ese corazón de caridad que bate perpetuamente.

¡LA IGLESIA UNÁNIME!

¿Cómo vivió María en medio de esta primera comunidad cristiana que los Libros de los Hechos nos muestra “asidua a la fracción del pan” (Hc 2, 42)? ¿Cuáles podían ser sus sentimientos y sus disposiciones mientras participaba en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles? Ella que estuvo tan íntimamente asociada a la Pasión del Señor, ¿cómo celebraría el *memorial*? “¿Cómo imaginar los sentimientos de María, se pregunta el papa Juan Pablo II, *al escuchar de boca de Pedro, Juan, Santiago y los demás Apóstoles, las palabras de la Última Cena: ‘Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros’ (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz*”.ⁱ

Los Hechos de los Apóstoles nos muestran un cuadro conmovedor de la Iglesia primitiva, de esta comunidad en la que “todos eran un solo corazón y una sola alma”. Esta unanimidad nace de la participación asidua en la “fracción del pan” (Hc 2, 42), sacramento de la unidad de la Iglesia.

LA FRACCIÓN DEL PAN

Este gesto de romper el pan en el ritual judío, Jesús lo cumple en varias ocasiones (Mt 14,19; 15,16; Mc 8,6.19). Parece ser que es por este gesto típico por el que los discípulos de Emaús reconocieron al Resucitado (Lc 24,31).

¿Por qué rompe Jesús el pan? Más allá del aspecto práctico, este gesto posee ante todo un alcance sacrificial: no significa sólo compartir sino inmolar. Este pan, de hecho, es El mismo. Al romper el pan, Jesús atestigua que será roto y triturado a causa de nuestras maldades como el siervo sufriente del que habla el profeta (Is 53,5). Este es el sacrificio ofrecido en cada Eucaristía.

El rito de la fracción del pan existe también en nuestras misas: el sacerdote rompe el pan durante el Agnus Dei. La presentación general del Misal romano dice: “Este rito no es ningún motivo práctico, sino que significa que, aún siendo nosotros muchos, al comulgar el único pan de vida que es Cristo, nos convertimos en un solo cuerpo.” (1 Co 10,17)

La fracción del pan significa, pues, la unidad de la Iglesia que es el fruto principal de la eucaristía.

El rito del saludo de paz, expresa el efecto último de la eucaristía, “hacer la Iglesia”, hacer de la Iglesia una comunión de santos: la comunión de las personas santas unidas en comunión a las cosas santas. El efecto último de la Eucaristía es la unidad de la Iglesia. El “fin” de la Eucaristía no es, en primer lugar, hacer presente a Cristo en el altar o el tabernáculo, sino “hacer la Iglesia”. Comulgamos el cuerpo de Cristo para ser sólo uno en Cristo, para que todos juntos, formemos una comunión cada vez más intensa, unidos por el lazo de la caridad que es el Espíritu Santo, del que nos colmamos en la Eucaristía.

Es la Eucaristía la que proporciona a la Iglesia el ser cada vez más “el sacramento de la unidad del género humano” según la hermosa definición del concilio Vaticano II. Ahora bien, la Iglesia contempla en la Bienaventurada Virgen María, criatura inmaculada, virgen y madre, su propio misterio. Con María elevada a la gloria del cielo, la Iglesia reconoce lo que ella está llamada a ser en sí misma, su “icono escatológico”.

LA CUMBRE Y LA ASUNCIÓN

¿Qué es de María después de Pentecostés? La Escritura no dice nada explícitamente. Pero la Iglesia definió la Asunción de la Virgen María a la luz de la Palabra de Dios. María fue asunta en cuerpo y alma a la gloria divina. El poder transformante de la Eucaristía tuvo su pleno efecto en la humilde sierva del Señor. Ella es la prueba de la victoria futura, total y definitiva, que nuestro Salvador Jesucristo nos dará “*cuando se cambie nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo*” (cf Fl 3,21). Juan Pablo II nos invita a mirar hacia Nuestra Señora de la Asunción para entrar siempre más profundamente en el misterio luminosos de la Eucaristía que es el misterio de Cristo y de la Iglesia: “Pongámonos, sobre todo, a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella veamos al mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio de los “cielos nuevos” y de la “tierra nueva” que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo”. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, la prenda y, en cierto modo, su anticipación: “¡Veni, Domine Iesu!” (Ap 22, 20).¹

Existe un lazo misterioso entre los misterios de la Asunción y de la Eucaristía. La que hizo posible la Encarnación no subsiste entre nosotros por nada corporal que le pertenezca. Ahora bien, la ausencia total del cuerpo de María sobre esta tierra, es, desde el punto de vista de nuestros sentidos, el inverso de la presencia real del Señor en la Eucaristía. María en su Asunción parece decirnos: “Pero os digo la verdad: es mejor para vosotros que me vaya. (cf. Jn 16,7) Porque si no me voy, el defensor no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré”. Por la Eucaristía, Dios permanece substancialmente presente en la Iglesia. En la Asunción contemplamos a la Iglesia, representada por María, misteriosamente presente en Dios. En el tabernáculo, Dios está con nosotros en el tiempo; en el Cielo, estaremos con El por toda la eternidad.

Conclusión

La iglesia no vacila en volverse hacia la Madre de Dios, encontrando en la que venera como a su propia Madre un “signo de esperanza y de consuelo” en su peregrinación de fe hasta que sean llevados a la patria celestial.”¹

Notas

ⁱ El 30 de mayo de 1862, Don Bosco tuvo un sueño: vio un gran barco (la Iglesia) en su proa, un hombre vestido de blanco (el papa). El barco estaba poderosamente anclado en la tempestad y defendido de los asaltantes por unas columnas, encima de una columna estaba la blanca hostia de la Eucaristía mientras que la otra sostenía a la Inmaculada Virgen María.

ⁱ Marie Noël, *El Rosario de las alegrías*, Stock, 1950

ⁱ Benoît XVI, Discurso para la clausura del mes de mayo, 31 de mayo de 2005, en los jardines del Vaticano

ⁱ cf. Jean-Paul - Audiencia general del 9 de abril de 1997

ⁱ cf. *Lumen Gentium* n° 56

ⁱ cf. *Sacrosanctum concilium* n° 47

ⁱ cf Jean-Paul II, Carta a los sacerdotes para el Jueves santo 1995

DESAFÍOS ACTUALES

Introducción

Desde hace dos años, la rúbrica Desafíos actuales, se esfuerza por responder a cuestiones relativas a las nuevas pobrezas que interpelan a la Compañía en su realidad internacional.

Hoy esta rúbrica quisiera favorecer la aparición de servicios innovadores realizados por las Hijas de la Caridad para responder a los nuevos desafíos de hoy. Este intercambio de experiencias, para ilustrar los desafíos lanzados por nuestras sociedades, no describirá un camino trazado sino que ofrecerá diferentes experiencias que pondrán de relieve avances creativos y audaces de la Compañía, preocupada por servir siempre mejor a los pobres, a todos los pobres, por todas partes.

Estos testimonios de amor inventivo nos ayudarán también a contemplar las evoluciones culturales contemporáneas de otra manera que no sea en términos de crisis y pérdidas de valores. Harán resaltar la creatividad puesta en marcha en los proyectos, en el trabajo y subrayarán de qué modo se esfuerzan las Hermanas por ser signos de esperanza con las personas más frágiles de nuestras sociedades.

DESAFÍOS ACTUALES

Provincia de Los Altos Hills, California

Servir con creatividad y compasión
a las personas encarceladas

“Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 37-40)

“Nada tiene más mérito a los ojos de Dios que las obras de caridad hechas por los pobres prisioneros.” (San Vicente de Paúl, 1632)

En tiempos de San Vicente, en 1640, las Hijas de la Caridad comenzaron su servicio con los encarcelados, inclusive con los galeotes, quienes soportaban sufrimientos infames. Según el Padre José María Román, CM, autor del libro titulado *San Vicente de Paúl – Una Biografía*,¹ en los primeros tiempos de este servicio «*las hermanas tenían que hacer la compra, preparar diariamente la comida de los galeotes y llevarla a los calabozos, lavarles la ropa todas las semanas, cuidar a los enfermos, darles el equipo necesario cuando salían para Marsella, fregar entonces las celdas, lavar y remendar los jergones*». Hoy, las Hijas de la Caridad no realizan las mismas tareas con los detenidos, pero su celo e interés por servir a estos pobres, hombres y mujeres, son tan importantes como los manifestados por sus homólogas de antaño.

En este artículo, compartimos algunos ejemplos de servicios creativos que las Hijas de la Caridad ejercen en las prisiones de las cinco Provincias de los Estados Unidos.

En el Estado de New York (Provincia de Albany), en Troy, las Hijas de la Caridad proporcionan numerosos recursos a las mujeres que salen de prisión. En 2003, dio comienzo un programa de reinserción (Roarke Connection), a petición del personal de la prisión de Comté, para intentar romper el ciclo de la reincidencia entre las mujeres detenidas. Sor Linda O'Rourke dirige el Centro de Roarke, un centro social y de acogida temporal que proporciona alojamiento, alimentación y responde a otras necesidades expresadas por las mujeres que están allí. Cuatro Hijas de la Caridad trabajan en este programa innovador (dos tienen más de 80 años). Sor Loretta Hoag, escultora, va regularmente a la cárcel para proponer una actividad artística en el módulo de mujeres. Cuando las presas trabajan en sus obras, Sor Loretta y la asistente social intentan entablar conversación con ellas. Lentamente, inician una relación de confianza con ellas, saben quienes son las que pronto saldrán de la cárcel, qué necesidades tienen, etc. Después de su liberación, se las invita a ir al Centro Roarke para obtener una ayuda. Cada persona tiene asignada un Trabajador social al que ve y llama por teléfono una vez a la semana. Las mujeres reciben alimentos, ropa y objetos personales; si no tienen “casa” a donde ir después de su liberación, el Centro les procura alojamiento (hay 16 camas disponibles). Las Hermanas y el personal del Centro, las orientan igualmente hacia programas de desintoxicación de la droga o del alcohol, hacia los servicios de salud mental, educativos y hacia los programas de búsqueda de empleo y prácticas profesionales. Actualmente conducen una plantilla de 80 a 100 mujeres liberadas recientemente de prisión y durante la semana visitan a una treintena en la cárcel.

Sor Linda nos comparte un éxito:

“Janice J. que frecuentó nuestros servicios, se la puso en contacto con el Roarke Connection a través de la prisión donde estaba encarcelada. Pudimos establecer relaciones valiéndonos de actividades que le han devuelto la confianza. Nos pusimos en contacto con el sistema judicial y abogamos para que pudiera seguir una cura de desintoxicación en vez de una encarcelación. El tribunal la ha concedido la libertad condicional: debía recurrir a los servicios de desintoxicación y psiquiatría para estabilizarse y cumplir las órdenes del tribunal. El juez consideró que el Centro Roarke era una estructura de apoyo constructivo que permitía una alternativa a la cárcel.

Janice vive con unos ingresos fijos, pero los problemas mentales y de dependencia a la droga, le envenenan la vida. Con la ayuda de otros servicios locales y del Centro Roarke, hemos logrado encontrarle un entorno sano que es la base de todo éxito. Por primera vez desde hace años, toma su vida en serio y se siente respetada en su dignidad. Sin embargo, se le recuerda cada día que aún tiene ante ella un largo camino y que un solo error puede conducirla a una posible pena en prisión. Con la ayuda del Centro Roarke, aprende a hacer frente en sus incesantes luchas relacionadas con los abusos, al sentimiento de vacío y a un pasado inestable. Hasta ahora, se ajusta enteramente a las exigencias del tribunal y a las personas que le prescribieron su tratamiento y así preserva su libertad”.

Otras Hijas de la Caridad, utilizan **las artes** como elemento de un enfoque global que pretende la reinserción de las personas encarceladas. En su descripción del *Arte entre rejas*, la Doctora Rachel Williams, Asistente encargada de la enseñanza de Arte en la Universidad de Iowa (especialista reconocida en el plan nacional en el ámbito del arte en prisión) escribe: *“Los establecimientos penitenciarios son lugares donde merodea la carencia afectiva, la opresión, el aislamiento y la privación de los derechos cívicos. El Arte es una actividad productiva, no violenta; una fuente de comunicación apropiada para las personas encarceladas”*ⁱ

Sor Maria Liebeck (Provincia de Saint Louis) está comprometida en el servicio de los presos desde los años 60. Durante diecisiete años, esta Hermana visitó a un detenido que estaba en el corredor de la muerte y que tenía talentos artísticos: la Hermana le procuraba todo lo necesario para ejercerlos y sus obras han sido expuestas en exposiciones y galerías en Little Rock, Arkansas. Sor María ideó también una bandera que se izaba la víspera de cada ejecución capital a la entrada de la casa del gobernador de Arkansas.

Sor Mary Polutanovich y Sor Angele Hinkey de la Provincia de Evansville, proponen una vez por semana, una actividad artística a las mujeres del Centro de detención de seguridad media en Milwaukee, donde hay más de mil detenidos -y menos de cincuenta son mujeres. Un vigilante, preocupado por el hecho de que las mujeres detenidas estaban olvidadas, invitó a las Hermanas a trabajar en el seno mismo de la prisión, en el pabellón de mujeres. Las presas que quisieron, fueron y utilizaron rotuladores de colores, tampones de goma y otros materiales; con ello descubrieron un medio para expresarse y una ocasión para realizar alguna cosa para ellas mismas o para alguien importante para ellas. Verdaderamente han apreciado este momento artístico como un « espacio de creatividad y de calma » que tan raramente se encuentra en el marco penitenciario.

Sor Mary constata: *“una de las actividades favoritas es la realización de tarjetas postales. Algunas mujeres son tan pobres que no pueden comprar postales en la intendencia de la prisión. La fabricación de una postal les da una cierta estima de ellas mismas, dándoles la posibilidad de estar unidas a sus hijos y familias”* Cuando una detenida muestra una aptitud e interés por la expresión artística, Sor Ángeles se las arregla para encontrarse a solas con ella para una sesión de pintura al óleo. Nos comparte esta reflexión: *“Cada semana voy a visitar a las mujeres a la prisión y me quedo estupefacta de estar allí... intento dar a las mujeres un toque de belleza y verdad mientras estamos juntas. Ellas descubren que pueden hacer cosas bonitas y sentirse orgullosas. Yo las respeto, las apoyo y las quiero a través de lo que hacemos juntas... crear... ¡Vivo en el misterio de esta llamada! Pero se una cosa: que todo es autentico... Nunca hubiera imaginado estar ahí... esta hace latir mi corazón para que sea verdadero. Me gusta estar allí, por muy rudo que sea... se puede encontrar la belleza, cultivarla y hacerla florecer... incluso poco tiempo”.*

El tema del « **acompañamiento** » surge muchas veces como una de las necesidades fundamentales de las personas encarceladas. Sor Doris Moore de la Provincia de San Louis pidió rezar por un joven que estaba en el corredor de la muerte en el Centro penitenciario federal de Texas por el asesinato de un oficial militar. Gracias a los numerosos esfuerzos de Sor Margaret Barret, Asistente general, esta llamada fue transmitida a todas las provincias anglófonas. Este joven comenzó a recibir cartas de todo el mundo, ¡hasta cincuenta diarias! Vivió una profunda conversión provocada por el amor inmenso y la solicitud expresada por esta correspondencia repentina –y en particular, por las cartas de un grupo de niñas españolas que le escribieron fielmente hasta su ejecución.

Sor Joan Pytlik de la Provincia de San Louis, que visita la prisión de Brickeys del Estado de Arkansas, acompaña a un hombre que tiene cadena perpetua y que no está autorizado para tener visitas desde hace once años. Durante este tiempo de cárcel, ha podido hablar con Sor Joan de su deseo de

convertirse al catolicismo, posteriormente ha sido bautizado por el Obispo de la diócesis en el interior de la cárcel.

Sor Virginia Dunker de la Provincia de Saint Louis, ofrece su tiempo y sus habilidades siendo la tutora de los detenidos en la Prisión de Varner, ayudándoles a rellenar los datos requeridos para obtener el diploma de estudios secundarios.

Sor Elizabeth Racko de la Provincia de los Altos Hills, que realiza su servicio en la reserva de las tribus Navajo y Hopi en Tuba City en Arizona, escribe: *“la cualidad más importante para quien ejerce su servicio en prisión es la de no tener una actitud de juicio y ser fieles en acudir los días y horarios a los que se ha comprometido. Para un acompañamiento eficaz en la cárcel es de gran importancia”*. En su propio servicio con las personas en prisión, Sor Elizabeth ha ayudado a recaudar fondos para responder a las necesidades personales de los detenidos imprimiendo las felicitaciones realizadas por ellos mismos y proponiéndoles su venta.

A su salida de la cárcel, la necesidad de acompañamiento y apoyo es siempre primordial. Sor Elizabeth Greim de la Provincia de Emmitsburg describe un anexo al programa de comidas gestionado por las Hijas de la Caridad de Baltimore, en Maryland. Ex presos que venían a buscar una comida caliente también han expresado otras necesidades que van desde la utilización de un teléfono hasta una persona que pudiera acompañarles al tribunal. Dada la alta proporción de analfabetos entre la población carcelaria, no es de extrañar que estos hombres y mujeres necesiten una ayuda permanente para comprender los procesos del sistema judicial e ir a otros lugares para dar respuesta a las exigencias del tribunal. (¿Cómo se puede leer los paneles de dirección cuando no se sabe leer?)

Por su creatividad y su compasión, las Hermanas y sus colaboradores acompañan y ayudan a los detenidos, recordándoles el amor fiel que Dios misericordioso nos ofrece.

Para concluir, un poema de Tonie, detenida en el Centro de detención de Seguridad media en Milwaukee. Escrito en octubre de 2007, expresa bellamente esta experiencia de la gracia de Dios:

Depender de Dios

De vez en cuando, la vida está llena de decepciones,
¡destruye los sueños que nos han hecho tanto daño !
Hay días en que lo hemos perdido todo,
pero también son días en los que podemos hacer algún descubrimiento!
Cuando aprendemos a contentarnos con lo que tenemos,
y dejamos a Dios tener el control,
entonces, descubrimos que eso puede traernos
la paz y la satisfacción del corazón y del alma!
Estamos tentados de volvernos a colgar
a lo que hemos conocido siempre,
¿puede que tengamos miedo al pensamiento
de deber afrontar solos el porvenir ?
Pero nuestro Dios no nos abandonará nunca;
El es fiel y es justo;
¡El nos guiará en lo más oscuro de la noche,
si confiamos en El!
De El, podemos depender.
Estará siempre a nuestro lado.
En El encontraremos la fuerza que necesitamos,
¡a veces estamos tan tentados y puestos a prueba!
Cuando alcanzamos el momento
en que nos parece que no podemos soportar nada más,
queremos abandonarlo todo, porque hemos perdido toda esperanza;
si Le llamamos por su nombre, oirá nuestra súplica,

¡Y tratará de que toda la oscuridad de la desesperación desaparezca!

Sor Christina MAGGI
Hija de la Caridad

Notas

ⁱ Román, Padre José María, cm, *San Vicente de Paul – Biografía I - Biblioteca de Autores Cristianos*, 1981, p. 503-504.

ⁱ Williams, Dra Rachel, Titular del..., citado en una descripción de «Art behind Bars », (el arte entre rejas), un programa de servicio comunitario fundado en el arte para los presos del Centro de Detención del Condado de Monroe.

DESAFÍOS ACTUALES

Provincia de Albany

El Comité internacional de las Hijas de la Caridad
sobre el tráfico humano

Cuando se menciona la palabra “esclavitud”, la mayor parte de la gente aspira a que esta horrible práctica no exista ya en el mundo moderno; pero la realidad muestra que cada año, en el mundo, son víctimas de este tráfico entre 600.000 y 800.000 hombres, mujeres y niños.

Encuentro del Comité internacional de las Hijas de la Caridad sobre el tráfico humano (Queens, 1 – 2 marzo de 2008)

El 1 y 2 de marzo de 2008, Sor Margaret Barrett, Consejera general para las provincias de lengua inglesa, abrió el segundo Encuentro del Comité internacional sobre el tráfico humano. Hermanas de las cinco Provincias de los Estados Unidos, de las Provincias de Gran Bretaña, Irlanda y Australia, se reunieron en Queens, en el Estado de New York (Provincia de Albany) para reflexionar sobre esta trágica situación. Tres especialistas en este ámbito compartieron con nosotras sus reflexiones.

La primera participante, **Kathleen Mitchell de Phoenix en Arizona**, es una antigua víctima de este tráfico humano. Fundó el programa “DIGNITY”: para ayudar a encontrar una vida normal a las mujeres, víctimas de prostitución y maltratos. Ella trabaja en este programa como consultora y defiende la causa de las víctimas. El testimonio personal de Kathleen sobre estas terribles realidades nos hizo tomar conciencia de estas trágicas situaciones.

La segunda participante, **Carole Smolenski**, Directora para los Estados Unidos de la ECPAT (End Child Prostitution Child Pornography and Trafficking of Children for Sexual Purposes) (Organismo que trabaja para la Eliminación de la prostitución infantil de la pedopornografía y de la trata de niños con fines sexuales). Esta organización es internacional y numerosas ramas existen en los países donde viven y sirven las Hijas de la Caridad. Carole nos habló de la tragedia de la prostitución, de la pornografía y del tráfico cuyas víctimas son los niños. Sus descripciones de la pobreza vivida por los niños en el mundo entero, nos han impresionado profundamente. Nos habló de los niños secuestrados para luego ser vendidos, utilizados como mano de obra barata en las fábricas de alfombras, campos de cacao, redes de prostitución. Son utilizados como criados para el cuidado de los camellos u otros animales y como esclavos sexuales. A estos niños se les pega y se les priva de comida. No tienen acceso a unos estudios ni a la sanidad.

La tercera participante, **Sor Hélène Hayes**, Religiosa del Buen Pastor, acaba de terminar una investigación sobre el impacto que puede tener en una persona el hecho de haber sido víctima del tráfico humano. Ha tenido entrevistas con más de 65 mujeres procedentes de múltiples países en los que han sido víctimas: “¿Cuál era su vida antes? ¿Cuál era su vida cuando sufrió esta experiencia? ¿Cuál es su vida ahora que ha salido de esta situación?” También les preguntó cual era el impacto emocional y social, y las consecuencias de estos graves malos tratos en su vida. La experiencia de haber sido retenidas por traficantes como rehenes y haber sido forzadas a prostituirse, condujo a estas mujeres al borde de la desesperación. La curación es larga y difícil.

Durante la celebración de la eucaristía presidida por el Padre Charles Plock, cm, de la Universidad de San John y miembro del Consejo de administración de la Casa de la Alianza, hemos rezado por las víctimas del tráfico humano para que seamos capaces de ver y de oír las necesidades de estas personas y con valentía dar una respuesta a partir de compromisos concretos en fidelidad a nuestro carisma.

El 2 de marzo, el orden del día se centró sobre un análisis del impacto que tuvieron los participantes sobre nuestro grupo. Compartimos lo que nosotras habíamos visto, oído, así como los frutos de nuestras reflexiones y de nuestra oración. Después estudiamos posibles compromisos a favor de las

victimias. Cada participante hará llegar a su Provincia estos compromisos tomados en tres ámbitos concretos: servicio directo, defensa de las victimias y trabajo en colaboración.

* Los compromisos para el servicio directo consisten en:

- Rezar por las víctimas y las personas que trabajan para ellas y con ellas
- Formarnos y formar a jóvenes, adultos susceptibles de entrar en contacto con estas víctimas.
- Hacer prevención en los países de origen por medio de la educación. La difusión de recursos a favor de las víctimas realizado por nuestras Hermanas, nuestros servicios, las Iglesias y organismos públicos, son considerados como un método educativo eficaz.

* También identificamos los lugares donde podemos defender a las victimias de este tráfico humano y a los grupos con los que podemos defender su causa: el gobierno, la familia vicenciana, los grupos de religiosos y religiosas, los sindicatos... Esta cuestión podría tenerse en cuenta en el orden del día de la Conferencia Episcopal Americana. El medio de educación y sensibilización más eficaz consiste en ayudar a las victimias siempre que sea posible, hablar de lo que han vivido. En nuestro modo de defender esta causa, consideramos como esenciales estas disposiciones:

- militar a favor de las políticas que tienen que ver con el tratamiento de las personas emigrantes, sin papeles, comprendidas aquellas que han sido victimias del tráfico humano,
- colaborar con otros organismos, instituciones, Iglesias y con las Naciones Unidas para acometer las causas de este tráfico (pobreza, globalización, etc.)

* La acción a favor de las victimias será más eficaz si se vive en colaboración. Tenemos como desafío, trabajar en red con los organismos y las instituciones existentes, las Iglesias y los gobiernos para aportar los servicios necesarios. Como Compañía internacional, estamos dispuestas a ayudar a las victimias a reinsertarse en su país de origen gracias a los esfuerzos conjuntos de los países de partida y de acogida.

El consenso general que surge de las informaciones que hemos oído, muestra qué formación y compromiso deben ser una prioridad para cada una de nosotras para eliminar el tráfico humano. No podemos quedarnos con los brazos cruzados ante estas trágicas situaciones. No podemos apartarnos del sufrimiento y de la realidad soportada por nuestros hermanos y hermanas privados de dignidad y de esperanza. La hora de nuestra respuesta ha llegado.

Antes y después de este Encuentro oficial del Comité internacional sobre la trata de personas, los participantes tuvieron la posibilidad de visitar la ONU. Este encuentro de las Hijas de la Caridad de las Provincias anglófonas coincidió con el Encuentro de la Comisión de las Naciones Unidas sobre los derechos de las mujeres. El tráfico humano fue analizado e identificado como una gran tragedia internacional que debe ser abordada a escala mundial. Las Hijas de la Caridad pudieron asistir a varias exposiciones y participar en diversas actividades en las Naciones Unidas.

El Comité expresó su agradecimiento a Sor Margaret Barret por habernos dado la oportunidad de formarnos y de comprometernos a colaborar con otros para eliminar este crimen atroz: la trata de personas. Queremos agradecer también a Sor Kathleen Appler, Consejera de la Provincia de Albany que ha realizado un gran trabajo ayudando a la organización del encuentro. Agradecemos también a Sor Germaine Price, de la Provincia de San Louis que nos dio la posibilidad de visitar la ONU. Queremos especialmente expresar nuestra gratitud a Sor Mary Francis Martin, Visitadora de la Provincia de Albany, por su generosa hospitalidad y por el apoyo que ha aportado al trabajo del Comité sobre la trata internacional de personas.

Sor Donna M. Franklin y Sor Joanne Dress
Hijas de la Caridad

Visita de los Superiores

Sor Evelyne Franc, Superiora general
y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general

Visita de la Provincia de Bolivia
12-14 febrero 2008

“*Bienvenida a Bolivia, Madre Evelyne*”: fueron las palabras que brotaron de nuestros corazones al recibir a Nuestra Madre en la Provincia. Después de su visita a Perú, que acababa de sufrir un gran terremoto, Sor Evelyne no nos había olvidado y nos favoreció con su presencia durante tres días junto con Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general para América Latina.

Nuestra Madre llegó el 11 de febrero de 2008, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes y acogimos la coincidencia de las dos fechas como un signo de la Providencia. En el aeropuerto de “El Alto de la Paz”, la Visitadora, Sor Carmen Toledo y las Hermanas de los alrededores, esperaban con alegría a las dos visitantes.

Cochabamba

Al día siguiente, muy temprano, Sor Evelyne viajó hacia Cochabamba. Geográficamente es el centro de Bolivia y también de nuestra Provincia porque allí se encuentran la Casa Provincial y varios lugares de misión. Primero se reunió con el Consejo provincial y después, Sor Carmen, con la sencillez que la caracteriza, le presentó nuestra pequeña Provincia con sus puntos fuertes y sus debilidades, sin olvidar a los pobres a los que servimos, confrontados a diferentes tipos de pobreza.

Por la tarde, Nuestra Madre y Sor Blanca Libia, reunieron a las Hermanas de Cochabamba y a las de Trinidad y la Paz. El tema de la intervención de Sor Evelyne fue “la llamada a la conversión”.

Con su sencillez y en español, Nuestra Madre nos animó a abrir la puerta de nuestro corazón al Señor, citando unas palabras del Apocalipsis: “*Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*” (Ap 3,20). Dios no fuerza el corazón del hombre, espera pacientemente que éste le abra la puerta. Después de esta meditación, nuestro mayor deseo fue abrir bien nuestro corazón a la palabra del Señor transmitida por Sor Evelyne.

Por la tarde, visita a los hogares y al Seminario situados en un pueblecito, a una media hora de Cochabamba. Las Hermanas allí reunidas tuvieron la gracia de conocer a Sor Evelyne, quien les presentó la Historia de la Compañía y su actual realidad internacional.

El 13 de febrero, después de la Eucaristía, Nuestra Madre expuso a las Hermanas Sirvientes de la Provincia, el tema: “La comunicación y el acompañamiento espiritual de las Hermanas”. Después de esta exposición seguida de un diálogo fraterno sobre nuestras inquietudes y dificultades, nos animó a continuar nuestra misión a la luz de las Constituciones y de los Estatutos.

Por la tarde, recibió a varias Hermanas de la Curia y después visitó dos de los ocho centros del Proyecto “Amanecer” para los niños y las mujeres de la calle, verdadero servicio a los más pobres.

Durante la velada, las Hermanas jóvenes y las JMV, presentaron una muestra de nuestro rico folklore. Y el tiempo continúa su carrera irremediable... llegamos al día siguiente. Después de la Eucaristía, Nuestra Madre reunió al Consejo para transmitirles las últimas recomendaciones.

Nuestra Visitadora, con mucho entusiasmo, le agradeció la visita porque cada una de nosotras se ha sentido renovada en el espíritu de la Compañía: “He aquí el resultado de su visita, Madre Evelyne, hoy

estamos muy agradecidas por esta gracia, por el paso de Dios aquí, en Bolivia. Gracias en nombre de todas las Hermanas”.

La Visitadora, Sor Carmen Toledo, y el Padre David Paniagua, Director provincial, acompañaron a las visitantes a la Paz, donde pasaron la tarde. Allí se reunieron con la Hermanas de la Provincia que sirven a los Pobres a 4100 metros de altitud; luego comió con los Padres Paúles que trabajan también en el altiplano. Nuestra Madre soportó bien la altitud y dio gracias a Dios por este hermoso encuentro.

De Bolivia a Perú

El día 15, Sor Evelyne vuelve hacia Lima y Sor Blanca Libia hacia Santiago de Chile. En nuestros corazones guardamos con afecto su recuerdo y los compromisos tomados. Gracias, Madre Evelyne, no olvidaremos que usted también vino a vernos en el difícil momento del fallecimiento de Sor Teresa Feeley. Le pedimos al Señor las gracias que usted necesita para desempeñar su misión al servicio de la Compañía.

Sor Andrea EMÇERITA MEDINA
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de India del Norte

La responsabilización
de las jóvenes de origen tribal

Realidad de las jóvenes de origen tribal

A pesar de su historia gloriosa y de los vastos recursos naturales, Orissa es, entre los Estados de la India, uno de los más pobres y subdesarrollados. Orissa posee una gran concentración de la población tribal; en este Estado existen 62 comunidades tribales que representan el 22,21% de la población total. Más de un tercio de la superficie total sufre un retraso debido a una población de predominio tribal. Pero en algunos sectores como los de Gajapati, Kondhmal, Rayagada, el porcentaje de la población tribal ronda el 50% e incluso el 60%. En numerosas regiones que no son fácilmente accesibles, encontramos personas que, aún hoy, conservan un modo de vida muy primitivo.

Por regla general, las poblaciones tribales están muy retrasadas y son muy vulnerables, estando sujetas a diversos modos de explotación. Sólo el 22,31% de entre ellas, están alfabetizadas frente al 49% de la media del Estado. Para salvaguardar los intereses de las poblaciones tribales y ayudarlas en su desarrollo, se tomaron varias disposiciones importantes y obligatorias; el Gobierno central y el del Estado promulgaron leyes conformes a la Constitución. El Gobierno pone en marcha diversas acciones de desarrollo en los ámbitos económicos, educativos y sociales, pero éstas son muy limitadas para responder a las numerosas necesidades de la población.

La Iglesia y diversas congregaciones religiosas están muy implicadas en el crecimiento y el bienestar de las poblaciones tribales. Las Hijas de la Caridad trabajan con programas de sensibilización en los ámbitos educativo, sanitario y social en los diferentes sectores donde viven estas poblaciones. Los problemas esenciales son los de la pobreza y la ausencia de la alfabetización, si se añaden las desfavorables condiciones geográficas y su ignorancia proverbial, todo ello contribuye a que estas poblaciones tribales se conviertan en presas fáciles para los distintos grupos políticos.

En el sector de Gajapati, en el que vivimos, existe una numerosa población tribal. El fin principal de nuestro servicio es la promoción de mujeres y jóvenes. Su educación nunca ha sido prioritaria para sus familias; lo consideraban como una pérdida de tiempo y de dinero. Aunque haya escuelas primarias en la mayoría de ciudades, las jóvenes no asisten o la abandonan antes de terminar los estudios primarios. El reducido número que continúa la escolaridad hasta el nivel secundario, no está preparado para terminar con éxito. Ahora bien, si no obtienen el certificado de estudios secundarios, no pueden continuar con los estudios universitarios. Los estudios constituyen la única herramienta de responsabilidad para estas jóvenes pero no tienen los medios para conseguirlo. La solución consistiría en abrir un Centro donde estas jóvenes pudieran alojarse y prepararse para los exámenes. En caso de éxito, se les abrirían diversas opciones aptas para transformar su futuro. Actualmente tenemos dos Centros en los que este servicio se ha puesto en marcha. El primero se llama Deepthi Sadan, en Parlakhemundi y el otro Marillac Niketan en Gunupur.

Hemos visto la urgencia y la conveniencia de este servicio porque después de haber terminado su escolaridad en el segundo grado, las jóvenes pueden tener numerosas elecciones para proseguir sus estudios. Nos preguntamos el por qué tantos estudiantes no llegan a obtener su certificado al finalizar los estudios secundarios. Las razones son numerosas. En los pueblos alejados, el nivel de enseñanza es muy bajo y los profesores no siempre están presentes. Gran número de escuelas de los pueblos están gestionadas por asociaciones y los profesores no están bien remunerados y no poseen las infraestructuras necesarias.

Todos los años la Oficina de estudios secundarios de Orissa, realiza el examen del certificado final de estudios secundarios. Los estudiantes, procedentes de las escuelas urbanas y rurales, deben hacer este examen para obtener el diploma. Cada año, cuando se conocen los resultados, constatamos que los estudiantes procedentes de las zonas tribales, no aprueban y son muchos los que no obtienen su diploma, porque no han tenido buenos profesores o unos padres instruidos que les pudieran ayudar en casa. Si suspenden, pueden repetir el examen pero sin una preparación o prácticas adecuadas, no tienen ninguna posibilidad de lograrlo. Nuestro sistema educativo exige que los estudiantes hayan terminado su décimo (último año de Secundaria) y sigan, a continuación, dos años de curso preuniversitario. Pueden, después, seguir los estudios profesionales o universitarios que deseen.

PROYECTO DE LA PROVINCIA

Después de haber madurado su reflexión y previo un discernimiento, la Provincia decidió abrir unos Centros en los que las jóvenes de las zonas rurales y tribales pudieran vivir y seguir durante un año el curso de preparación. Tanto Gunupur como Parlakhemundi son zonas urbanas y pueden proporcionar un equipo experimentado y un personal competente para ayudar a estas estudiantes. Algunas de nuestras Hermanas jubiladas están también implicadas en este proyecto. Las Comunidades referidas utilizaron diferentes métodos para conseguir que el Centro fuera eficaz y acogedor para las estudiantes.

Formación profesional

Las Comunidades alojan y alimentan a las estudiantes llegadas de pueblos muy distantes. Estas no poseían ningún libro y los profesores debieron recordarles los conocimientos de base. Sin embargo, las jóvenes estaban dispuestas a trabajar seriamente para alcanzar el objetivo que se habían fijado. Su nivel de estudio mejoró lentamente pero con regularidad. Al final del año, casi todas estaban preparadas para pasar su examen con confianza. Todas aprobaron y algunas incluso con excelentes resultados. Las familias se alegraron y las jóvenes supieron que podían obtener todo cuanto quisiesen a condición de intentarlo y trabajar con empeño. Sólo necesitaban que se les diera los medios para alcanzar sus objetivos.

El entorno, el ambiente, la acogida de los Centros, el apoyo de los profesores les dieron esperanza, confianza y voluntad de aprobar; poco a poco, descubrieron sus capacidades y creyeron que podrían conseguirlo.

Formación cristiana

Puesto que todas son católicas, hemos cuidado la formación de su fe durante su estancia entre nosotras. Son muchas las que vienen de aldeas en las que no hay sacerdote residente o proceden de pueblos donde no hay un catequista visitador. Algunas se han preparado para la primera comunión y otras para la confirmación.

El catecismo, las lecciones de Biblia, los intercambios sobre el Evangelio, las celebraciones litúrgicas se han programado cuidadosamente para que estas jóvenes puedan volver a sus pueblos con una sólida formación cristiana. Hoy, en muchos lugares, son ellas las que animan a diferentes grupos la oración, el rezo del rosario, la lectura de la Biblia. Se han convertido en catequistas para su propio pueblo. Entre ellas, algunas optaron por la vida religiosa; otras no han podido acceder porque no tenían un nivel escolar suficiente. Pero cuando fueron capaces de terminar con éxito sus estudios escolares, pudieron responder a la llamada de Dios. Entre ellas, algunas son postulantes y otras están en el Seminario de las Hijas de la Caridad.

Algunas siguieron estudios superiores en la universidad y otras han seguido una formación profesional para ser: enfermeras, auxiliares de enfermería, profesoras de escuela, etc. Siempre causa una gran alegría cuando nos telefonean para darnos noticias de la transformación de sus vidas. Esperamos que con el tiempo y gracias a ellas, la vida de las familias también podrá cambiar.

Conclusión

Las estudiantes dicen que este Centro ha traído la luz a sus vidas, la esperanza a su corazón y les ha dado la posibilidad de tener un hermoso porvenir, su vida ha cambiado definitivamente. De ahora en adelante están seguras de una cosa. Cuando pueden sostenerse, no tienen necesidad de dejar la seguridad de sus pueblos para buscar trabajo. Nuestras metrópolis rebosan de millares de personas venidas de los pueblos en busca de un trabajo, el que sea, para sobrevivir. No es un lugar seguro para jóvenes sencillas de origen tribal que llegan de pueblos lejanos; en las grandes ciudades, encontramos toda clase de peligros entre ellos, la explotación de las mujeres. Al estar informadas de estos peligros, ellas se muestran prudentes.

Estos Centros tienden a desarrollar el potencial de estas jóvenes pobres de origen tribal permitiéndoles ser los agentes de su propio desarrollo y llevar una vida cristiana comprometida que irradia los valores del Evangelio en sus pueblos y en la comunidad tribal que necesita de ellas para ser luz y sal de la tierra.

Sor Rosalie PALAYOOR
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Casa Madre
Encuentro de los Directores provinciales
recientemente nombrados

París, 26 de marzo-2 de abril de 2008

“El director Provincial es un sacerdote de la Congregación de la Misión que ejerce en una Provincia de las Hijas de la Caridad un servicio vicentino de animación y acompañamiento...” (C. 75 a)

Han pasado los días, los meses, pero sigue resonando en nuestro interior la vivencia de esos días del Encuentro Formativo de los nuevos Directores de las Hijas de la Caridad en París, en la Casa Madre de la Rue du Bac. Según el nuevo Directorio de los Directores de las Hijas e la Caridad, cada dos años se celebrará un encuentro para aquellos misioneros que comienzan su oficio por primera vez y otro cada diez años para todos los Directores que ejerzan en ese momento el oficio (Cf. Directorio Cap I, 5). Esta corta (del 26 de marzo al 2 de abril 2008) pero intensa sesión fue muy buena y estuvo preparada con una gran seriedad. Permítanme evocar, en unas líneas, estos días de *aggiornamento* en nuestro servicio como Directores de las Hermanas.

Llegados a París de diferentes rincones del mundo, el grupo estuvo compuesto por 14 Directores Provinciales: **3 de Asia** (Vietnam, Filipinas, India Sur), **4 de América** (Argentina-Paraguay, Chile, Perú, Recife-Brasil), **6 de Europa** (Albania, Barcelona, Granada, Roma, Varsovia y Chelмно-Polonia) y **1 de África** (Nigeria).

Desde el principio al final, el clima del encuentro fue gozoso y fraternal, no sólo por estar viviendo el tiempo de la octava de Pascua, sino por la alegría de saber que esos días nos serían muy útiles para animarnos y motivarnos en este servicio vicentino, que repercutirá en el servicio de los pobres. El Equipo organizador del encuentro había previsto todos los detalles para que éste se realizara lo mejor posible. Los objetivos eran claros:

- Profundizar en la Identidad y el Espíritu de la Compañía.
- Conocer y profundizar en la función del Director provincial según las Constituciones y el Directorio.
- Profundizar en algunos puntos de las Constituciones y Estatutos de las Hijas de la Caridad.

Esos objetivos se fueron realizando mediante las distintas Conferencias, reflexiones, intervenciones, trabajos de grupo, puesta en común, reflexión personal, diálogos abiertos, celebraciones, liturgias, día de retiro, etc. La dinámica variada y la excelente organización permitieron a cada uno participar y hacerlo gustosamente.

El equipo que dirigió el Encuentro fue de calidad. Sus miembros estuvieron atentos a todos los detalles. Presidido por el Padre Javier Álvarez (Director general) estuvo integrado por Sor María Pía Bertaglia (Visitadora), Sor Marlene Terezinha Rosa (Consejera general), y el Padre Yves Danjou (Director provincial). Quisiera destacar la presencia constante y cordial de los Superiores generales (Padre Gregorio y Sor Evelyne), del padre Javier Álvarez, de las Hermanas del Consejo general, de los ponentes, moderadores(as), traductoras, y de todas las Hermanas de la Casa Madre que hicieron todo lo posible para que este encuentro se convirtiera en una experiencia inolvidable.

Pero para no cansar a los lectores de estas páginas con mis impresiones personales, quisiera resumir brevemente el desarrollo de cada día.

El 26 de Marzo, a las 9 de la mañana, una vez iniciado el Encuentro con una Eucaristía presidida por el Superior general y la presentación de los participantes y del programa, **Sor Evelyne Franc**, Superiora general, fue la primera ponente con la exposición del tema: **“La Compañía y su espiritualidad”**. Una presentación amena, sencilla y profunda, en la que se nos presentó el caminar de la Compañía, desde las 12 primeras Hermanas reunidas en 1633 hasta la actualidad en que se cuenta con 19.937 Hermanas repartidas en 91 países, 77 provincias, y 2322 casas. Con este amor apasionado por Dios, por los pobres y un gran amor por la Compañía, las Hermanas impulsadas por un amor creativo hasta el infinito, han recorrido la historia y la geografía del mundo entero. Sor Evelyne nos invitó a no olvidar los desafíos a los que la Compañía se enfrenta y cómo nosotros podemos ayudar a las Hermanas a ir avanzando por este camino. Presentó la Compañía y dijo estar segura de que ésta sirve a lo pobres lo mejor posible, pero también se preguntaba si ese amor está fuertemente enraizado en Dios. Evocando los tres pilares fundamentales para la vida de las Hermanas: vida espiritual, comunitaria y apostólica, ella se preguntaba: “¿son aun signos proféticos?” Así, nos fue exponiendo sus inquietudes y nos animó a velar para que las Hermanas no caigan en el secularismo y a ayudarlas a ir más lejos en la movilidad, la revisión de obras, la pastoral vocacional, la formación inicial y continua, la corresponsabilidad, la subsidiaridad, etc. Los Directores provinciales juegan un papel importante en la vida de la Compañía: clarificar a las Hermanas, motivarlas, orientarlas y acompañarlas a hacer frente a los desafíos a los que la Compañía se enfrenta hoy.

Por la tarde, **Sor Margaret Barret**, Asistente General, nos presentó el tema: **“Identidad de la Compañía en la Iglesia como Sociedad de Vida apostólica”**. Una temática importante: “¿Cómo vivir con este espíritu secular de la Compañía, sin caer en la tentación del secularismo?” Esta tentación siempre estará latente con el peligro de fundirse en la sociedad de hoy. Ella nos recordó que las Hijas de la Caridad viven y sirven en el mundo, pero no son del mundo, ellas revelan el amor de Dios en un servicio de humanización y de evangelización. La Hija de la Caridad tiene siempre una voz distinta, una voz profética, su único modelo es Cristo, sólo quiere imitarle a Él, y *“la secularidad es su servicio a los pobres...esa secularidad permite a las Hermanas ser sensibles a las llamadas del mundo y de los pobres”*. Nosotros, los Directores provinciales debemos insistir en esto cuando acompañamos y orientamos a las Hermanas, con el fin de ayudarlas a vivir la identidad propia de su vocación.

El 27 de marzo, nos habla el **Padre Fernando Quintano**, sobre: **“Los votos según el espíritu propio de las Hijas de la Caridad”**. Con su gran experiencia habló de los inicios de este nuevo estilo de vida, una comunidad unida para servir con votos propios. Nos fue aclarando el sentido de los consejos evangélicos y de los votos; la consagración bautismal y los 3 votos, vividos desde la óptica del voto de servicio de los pobres. Concluyó diciendo: “porque se es Hija de la Caridad y para serlo mejor cada día, es por lo que se hacen y se renuevan los votos, ellos ratifican el ser de Hija de la Caridad.”

Por la tarde, el **Padre Javier**, Director general, nos presentó el tema: **“El Director Provincial según las Constituciones y el Directorio”**. Nos fue iluminado a la luz de la historia y de los documentos propios de la Compañía, sobre el servicio que nos ha sido confiado, recordándonos no sólo nuestros deberes como Directores, sino también las cualidades necesarias para ejercer este oficio: *“debe ser un buen misionero, que viva las virtudes propias de su vocación espiritual, apostólico, que conozca el espíritu de la Compañía, y que realmente estime el servicio que se le ha encomendado”*. El párrafo continúa describiendo los diversos servicios que nos competen: colaboración en el gobierno, en la formación inicial, continua, la de las Hermanas Sirvientes, las visitas, el acompañamiento, etc.

El 28 de marzo por la mañana, **Sor Rosa María Miró y Sor Julma Neo**, Consejeras Generales, nos presentaron el tema: **“El Director Provincial y su papel en la formación de las Hermanas”**. Cada una habló de la importancia de este punto de la formación en las Hermanas, tanto la formación inicial como la continua. Se llevará a cabo utilizando los documentos de la Iglesia y los de la Compañía, pero teniendo en cuenta los desafíos del mundo de hoy: un mundo que cambia, el rol de la mujer, la persona humana, etc. Nos fueron mostrando el camino a seguir en este acompañamiento en el campo de la formación, teniendo siempre en cuenta el servicio del pobre, su propia identidad de Hija de la Caridad, su vida comunitaria, etc. Es importante que la formación esté siempre bien programada, contextualizada y personalizada para cada Hermana, una formación que tenga en cuenta la cultura, ya que sólo así será transformadora. Debe ser una formación integral: espiritual, teológica, humana, cultural, apostólica y vicentina. Se trata de una formación coordinada que lleve al discernimiento; por eso tan importante es el

método de formación como **el contenido** Es esto lo que permitirá a las Hermanas dar un sentido a sus vidas y crecer en madurez y en libertad.

Por la tarde el **Padre José María Pereira**, Director de Portugal, presentó el tema: **“El Director como animador provincial: la visita pastoral”**. Utilizó dos escenas del Evangelio: la Visitación y el Buen Pastor, para recordarnos que nuestra misión es pastoral y vicentina. La primera, la Visitación, nos dice que esa visita pastoral o de cordialidad, esos encuentros, esos diálogos, deben desarrollarse en un clima gozoso. La escena del Buen Pastor, nos invita a imitarle: amar nuestro servicio, amar nuestras “ovejas”, darnos por ellas sin reservas, trabajar para que las comunidades sean lugares de fe, esperanza y amor.

A continuación **Sor Marlene Terezinha**, Consejera general, nos presentó el tema: **“El Director Provincial como Acompañante Espiritual”**. Esta ayuda fraterna para las Hermanas, no es la de un terapeuta, sino la de un acompañante, es decir, es una persona que escucha, acoge, anima, clarifica, ayuda a discernir, a encontrarse a sí mismas. Juntos, la Hermana y el Director, escuchan al Espíritu Santo, para que la Hermana pueda descubrir quién es, su verdad y la voluntad de Dios en su vida. Se trata de animar a la Hermana a vivir su vocación en humildad, sencillez y caridad.

El 29 de marzo, fue una jornada de trabajo intensivo en la que tuvimos tres conferenciantes: el **Padre Yves Danjou**, Director de Francia Norte, nos presentó: **“La Función del Director”**, el **Padre Javier Álvarez** Director general nos habló de **“El Director en el Consejo y en la Asamblea Provincial: ayuda al Gobierno”**, el **Padre Alberto Vernaschi**, Director de Siena, intervino con: **“El Derecho propio de la Compañía y cuestiones del Derecho Canónico, las Constituciones y el Directorio”**.

Mediante una dinámica de escucha, de diálogos sinceros, fuimos profundizando en nuestra función de Directores provinciales. Descubrimos que aunque la función del Director haya cambiado, la ayuda, el apoyo, la presencia activa, el acompañamiento animador, no es algo menos importante, sino un aporte valioso para el gobierno y para cada Hermana.

Domingo 30 de marzo: **Día de retiro espiritual dirigido por el Padre General y el Director general**. Fue un día de desierto, de silencio, con textos propuestos y motivaciones que nos ayudaron a revisar nuestras vidas a la luz de la Palabra de Dios y de las Constituciones... Meditamos sobre las virtudes necesarias para vivir nuestra misión de pastores, servidores, animadores.

Lunes 31 de marzo, **día de la Anunciación, día de la renovación de los votos de las Hermanas**: fue solemne y festivo, con la Capilla de las Apariciones llena de Hermanas. En el altar, el Director general presidió la misa en presencia del Superior general, Padre Gregorio Gay, de los Directores, y varios Padres Paules. Nos unimos al Magnificat de las Hermanas después de la renovación de sus votos. El Padre Javier invitó a las Hermanas a vivir proféticamente los votos. Vivimos momentos muy emotivos. Después de la misa tuvimos el desayuno, junto a todas las Hermanas de la Casa Madre. Para destacar más la fiesta tuvimos tiempo libre.

El 1 de abril, fue un día dedicado a estudiar la temática: **“El Director y los Documentos de la Compañía”**. Por la mañana, **Sor Rita Ferri, Ecónoma General**, presentó de forma clara y detallada la **“Guía de la Ecónoma Provincial”**. Pero además añadió una reflexión sobre la administración de los bienes y el voto de pobreza, insistiendo siempre en el punto central **“hemos de tener muy presente lo que es prioritario: el servicio de Cristo en los pobres”**.

Por la tarde se nos presentó también, **la página Web de la Compañía** y más tarde, los tesoros de **“Los archivos de la Compañía”**. Todo ello nos ayudó a familiarizarnos de nuevo con la historia y la vida actual de la Compañía.

El 2 de abril llegamos al ocaso del Encuentro: última exposición hecha por el **Padre Gregory Gay**, Superior general: **“El Director Provincial y su relación con el Padre General”**. Nos presentó cuanto es necesario recordar en nuestro servicio: las Constituciones, el Directorio y algunos consejos prácticos. En un ambiente de diálogo sencillo, se fueron aclarando algunas dudas que quedaban, presentando situaciones concretas, reforzando las ideas claves, etc. Numerosas cuestiones tuvieron una

respuesta no sólo del Padre General, sino que también colaboraron con su intervención: el Padre Javier, Sor Evelyne, las Consejeras y la Ecónoma General.

Como conclusión de este Encuentro tuvimos la Eucaristía en San Lázaro, presidida por el Padre General, quien en su homilía, inspirada en las lecturas del día (Hech. 5,17-26; Jn 3,16-21), nos recordó las bellas palabras con las que nos había exhortado: *“Dejen que las Hermanas los evangelicen, así mutuamente podrán ser libres para vivir en plenitud esta vida en la que el Señor les invita a tomar parte... Están llamados a caminar con las Hijas de la Caridad, ayudándolas a ser verdaderos testigos de la vida y del amor de Dios, principalmente entre los pobres de este mundo...”*

Padre Fernando Macías Fernández, C. M.
Director Provincia de Chile

PALABRA DE UN “PROFETA, PORTADOR DE ESPERANZA”

El amor es una fuerza

“ Mi fe me ha salvado ”

El primer gesto público de Ingrid Betancourt al bajar del avión, fue santiguarse y arrodillarse, con su madre, durante un largo tiempo en la pista del aeropuerto, para agradecer al Señor su liberación: “Gracias a Dios y a la Virgen... Si, este momento con el que tanto he soñado doy gracias, en primer lugar, a Dios y a la Santísima Virgen a los que he rezado tanto por mi liberación...”

Al periodista que le hizo observar que parecía mucho más religiosa que antes de su secuestro, Ingrid responde: *“Hace un rato estaba con mis hijos y mi primer marido y me han dicho: “deja ya de hablar de religión, van a creer que te has convertido en una especie de beata”. No es cierto, pero lo que si es cierto, es que tengo una fe inmensa. Pienso que mi liberación es un milagro, lo pienso de verdad. Antes tenía fe pero era una fe de ritual. Se cree pero podemos pasar de ello. En la selva, no podía pasar. Eso ha sido mi fuerza, luego llegó a ser una presencia absoluta. Para mí, fue una realidad más que real. Como veo esta mesa y la toco... No he oído voces, ni imágenes, pero tuve una profunda convicción de su amor”*

El domingo 6 de julio de 2008, Ingrid estuvo en la Basílica del Sacré-Coeur de Montmartre, en París, para agradecer a Jesús y a la Virgen María su liberación. Después de su oración, se confió a la Revista Pèlerin para decir como su fe se manifestó en los momentos más dolorosos de su cautividad, cómo su amor por Jesús y María, sus lecturas de la Biblia, le dieron la fuerza para no ceder al odio contra sus carceleros.

“Cuando estuve en cautividad, tomé la resolución, de que cuando llegase el momento de ser libre, primero daría gracias al Señor. ¿Por qué? Porque si no hubiera tenido al Señor a mi lado, no pienso que hubiera logrado crecer en el dolor. Ser un rehén te sitúa en una situación de constante humillación. Eres víctima de la arbitrariedad completa, conoces lo más vil del alma humana. Ante esto hay dos caminos: Bien se deja uno desfigurar, se vuelve uno arisco, agresivo, vengativo, se deja llenar el corazón de rencor. O bien se escoge el otro camino, el que Jesús nos enseñó. El nos pide: “Bendice a tu enemigo”. Cada vez que leía la Biblia, sentía que estas palabras se dirigían a mí, como si El estuviera ante mí y que El sabía lo que tenía que decirme. Y esto me llegaba derecho al corazón. Naturalmente, reconozco que cuando el enemigo es atroz, es difícil ser fiel a esta palabra. Sin embargo, desde que hice el ejercicio de pronunciar “bendice a tu enemigo”, cuando tenía ganas de decir todo lo contrario, era mágico. Había como una especie de... de alivio. Y el horror sencillamente desaparecía. Cosas como esta, les podría contar durante días. Se, siento que ha habido una transformación en mi y esta transformación, se la debo a este contacto, a esta capacidad de escucha de lo que Dios quería para mí. Fue un diálogo constante con Dios a través del Evangelio...”

Les tengo que contar mi descubrimiento de María. Papa tenía una gran devoción a la Virgen mientras que yo, debo decir que en esa época, encontraba a María un poco...tontita. Digamos que no era realmente la imagen de una mujer que me hiciera soñar. Luego, en cautividad, releí los Evangelios y caí en admiración ante ella. Sin duda porque para comprender a la Virgen, es necesario haber vivido, adquirido una cierta madurez. Y empiezo a encontrar sensacional a esta joven que acepta tener un hijo cuando ella tenía un plan de vida totalmente diferente. Corre todos los riesgos. Para muchos cristianos, son cosas muy conocidas, pero para mí, fue un descubrimiento. Descubro una María fuerte, una María inteligente, una María que tiene humor...voy a decirles: como dicen los Canadienses, me he enamorado de María al leer el evangelio de San Juan, cuando cuenta las bodas de Cana. Este diálogo entre María y Jesús lo encuentro extraordinario. Esta complicidad entre ellos, es genial. A pesar de todas las razones que Jesús opone a su madre, sabe que El va a hacer lo que ella quiera, que transformará el agua en vino de las bodas por amor hacia ella. Leyendo este pasaje, no podía evitar el pensar en mi relación con mi hijo Lorenzo...

Aunque no veía a María separada de Jesús, pensé en su sufrimiento de madre y le pedía sin cesar: “María, por favor, ocúpate de mamá y de mis hijos... Haz que yo pueda verlos un día”. Y diciendo esto, sentía que ella me escuchaba. Y me apaciguaba.

...En el ambiente de soledad espiritual en que estuve, en el que sólo había enemigos agresivos, debí aprender a no reaccionar como hacía antes. Debí aprender el silencio, a bajar la cabeza. La única persona a la que podía hablar era a la Virgen. ¡Bravo María!” (Extracto de la Revista Pelerin, nº 6554)

El viernes 11 de julio, Ingrid Bétancourt prosigue su peregrinación de gratitud. Fue al Santuario de Lourdes haciendo una corta parada en la Capilla de la calle del Bac, discretamente, para protegerse de la jauría de fotógrafos y periodistas que la perseguían desde su llegada. En la Casa Madre, Nuestra Madre y su Consejo tuvieron el gozo de acogerla y compartir un momento privilegiado con ella.

Esta mujer valiente y de fe quiere continuar movilizándose para conseguir la liberación de los demás rehenes y la lucha contra la corrupción y la violencia.

HISTORIA DE LA COMPAÑÍA

En tiempos de San Vicente... y hoy

Introducción

A partir de este número, encontrarán en la rúbrica “Historia de la Compañía” una serie de artículos escritos por el Padre Morin, Sacerdote de la Misión, procedentes de los Cuadernos Vicencianos.

Al haber vivido durante largos años en el Berceau, el Padre Morin llevó a cabo numerosas investigaciones sobre el pensamiento y la obra de San Vicente con el fin de interiorizar mejor su mensaje. Nos ha dejado un gran número de escritos en los que nos comparte sus descubrimientos de modo sencillo y accesible a todos. Sería una lastima “*abandonar estos tesoros bajo el polvo de los años*” decía el Padre André Sylvestre.

Nos ha parecido bueno ofrecer estas reflexiones a toda la Compañía. Traducido en diversas lenguas, estos textos nos permitirán maravillarnos con las intuiciones espirituales de nuestro Fundador y nos animarán a continuar profundizando en nuestro espíritu evangélico para servir a Cristo en los pobres como Hija de la Caridad.

Agradecemos a nuestros hermanos, los Padres Paules, su autorización para publicar estos textos en los Ecos.

EN TIEMPOS DE SAN VICENTE... Y HOY

Vicente de Paúl y el Espíritu Santo

I. ESPÍRITU SANTO, ¿QUIÉN ERES?

Ante la influencia y el poder actual de los medios de comunicación, mientras que yo he pasado parte de mi vida para leer y releer los catorce tomos de los escritos y conferencias de San Vicente de Paúl, me ocurre que a veces sueño...

¿Si Vicente de Paúl hubiera vivido en nuestra época... con la prensa, las entrevistas, la radio, la televisión... él, que con los pobres medios de comunicación del siglo XVII, a su muerte, era conocido en todo el reino de Francia, Italia, Polonia, Escocia, Africa del Norte y hasta Madagascar, que en la mejor de las hipótesis se llegaba tras siete meses de navegación!

Sé bien que este género de cuestiones disgusta soberanamente a los historiadores que consideran, con razón, el anacronismo como una especie de pecado ineludible. Y sin embargo... sería interesante acorrallar al Señor Vicente e inducirle a revelar la fuente de su extraordinario dinamismo. Le preguntaríamos, por ejemplo: Señor Vicente, ¿de dónde le viene este carisma de relación con los pobres? ¿De dónde saca esta mirada, que a través de la persona del pobre llega hasta el encuentro de Cristo? ¿Al lado de quién adquirió ese instinto de percibir las situaciones de miseria e injusticia y de discernir las causas? ¿Dónde encontró esta fuerza de convicción para alertar y reunir tantas buenas voluntades, momentáneamente paralizadas por la costumbre, el egoísmo o la indiferencia?

Imaginemos, si quieren, la respuesta del Señor Vicente. Digo: ¡imaginemos! Pero de hecho, no imaginaremos nada; y para redactar esta respuesta, bastará con extraerlo de los escritos y otros testimonios que hemos conservado de nuestro gran santo landés.

El secreto, de lo que llaman mi dinamismo, resumiendo, diría el Señor Vicente, el secreto de mi realismo social y caritativo, el secreto de mi facilidad de alentar y reunir..., es sencillamente **el Espíritu de Jesucristo**.

El Espíritu de Jesucristo... es una expresión que viene con frecuencia a los labios o a la pluma del Señor Vicente, mientras que la expresión “Espíritu Santo” raramente la emplea. Pero, un día, el 13 de diciembre de 1658 durante una Conferencia a los Misioneros, se explica con claridad sobre este tema: “La regla dice... que, para tender a la perfección, hay que revestirse del espíritu de Jesucristo. ¡Oh Salvador! ¡Oh Señor! ¡Qué asunto tan importante es éste de revestirse del espíritu de Jesucristo! ... Pero ¿cuál es este espíritu así difundido? Cuando se dice: “El espíritu de Nuestro Señor está en tal persona o en tales obras”, ¿cómo se entiende esto? ¿Es que se ha derramado sobre ellas el mismo Espíritu Santo? Sí, el Espíritu Santo, en cuanto a su persona, se derrama sobre los justos y habita personalmente en ellos. Cuando se dice que el Espíritu Santo actúa en una persona, quiere decirse que este Espíritu, al habitar en ella, le da las mismas inclinaciones y disposiciones que tenía Jesucristo en la tierra, y éstas le llevan a obrar, no digo que con la misma perfección, pero sí según la medida de los dones de este divino Espíritu... Pero ¿qué es el espíritu de Nuestro Señor? Es un espíritu de perfecta caridad, lleno de una estima maravillosa a la divinidad y de un deseo infinito de honrarla dignamente, un conocimiento de las grandezas de su Padre, para admirarlas y ensalzarlas incesantemente”. (Coste XI, 410)

Contrariamente a lo que algunos, a veces, gratuitamente han supuesto, el Señor Vicente realizó buenos estudios de teología durante sus siete años de universidad en Toulouse. Pero además, a diferencia de muchos de sus ilustres contemporáneos, por el hecho de que frecuentara a los pobres y sencillos, tenía el don de traducir la teología al lenguaje simple y dinámico, un poco como una persona que hubiera tenido “las mismas inclinaciones y disposiciones que las que Jesucristo hubiera tenido en la tierra y que hubiera sido habitado por el Espíritu Santo”.

He aquí la aproximación de San Vicente y la respuesta que él daría a nuestra pregunta: ESPIRITU SANTO, ¿QUIÉN ERES? El Espíritu Santo es el espíritu de Jesucristo; es el espíritu que nos da luz y fuerza para seguir hoy a Jesucristo, para imitarle y poder tener las mismas inclinaciones y las mismas disposiciones que el Cristo del Evangelio. Esta aproximación y esta definición pueden parecer, sin embargo, un poco simplistas, pero es cierto que el Señor Vicente conocía la teología del Espíritu Santo y creía firmemente en él. Reflexionando bien, es ahí, en la respuesta de San Vicente, donde se encuentra todo el misterio del Espíritu Santo.

En primer lugar, encontramos en ella la afirmación de la existencia y la presencia de la tercera persona de la Trinidad. A continuación encontramos la afirmación del vínculo vivo y lógico, uniendo el Espíritu a Jesucristo y al Evangelio. Encontramos la afirmación de su rol y de su acción en las personas, en la sociedad y en la Iglesia; acción que da luz y fuerza para hacer llegar el Evangelio al hoy, que lleva a las personas a revivir lo que Jesucristo vivió y a tener las mismas inclinaciones que El. Como decía San Vicente, tales personas están “habitadas por el Espíritu Santo”.

Veamos como hablaba el Señor Vicente del Espíritu Santo. Pueden imaginarse que podría lanzarme en largas exposiciones, ilustrándolas con numerosas citas y referencias. Pero con motivo de esta intervención, quisiera insistir en la experiencia personal de Vicente de Paúl, porque estoy seguro de que en la respuesta que él nos hubiera dado, él mismo hubiera insistido particularmente sobre la cuestión: ¿Qué experiencias hacemos o hemos hecho del Espíritu Santo?

Vicente de Paúl hubiera apreciado esta frase. Como buen campesino de las Landas, le gustaban las cuestiones que evocaban la experiencia más bien que el saber y las respuestas enraizadas en lo real.

No olvidemos que en la primera mitad del siglo XVII, es decir, en tiempos del Señor Vicente, hubo muchos espirituales y predicadores célebres, a veces, un poco abstractos. Por sus orígenes y su compromiso con los pobres, el Señor Vicente tenía los pies en la tierra... incluso en presencia del Espíritu Santo. Le gustaba probar y comprobar la fe en la experiencia. Así, un día, al terminar una carta dirigida a un cohermano que le había pedido consejo, espontáneamente concluyó: “¡Esta es mi fe, esta es mi experiencia!”. Tal vez nunca había resumido, de manera tan plena y concisa, su caminar espiritual: “Mi fe... mi experiencia”.

Les digo esto, para hacerles admitir que entre las cuestiones que hemos presentado esta tarde, el Señor Vicente se hubiera detenido largamente en esta: ¿Qué experiencias han tenido del Espíritu Santo? Incluso supongo que como gascón que era, hubiera ironizado sobre el plural, reconociendo que una única experiencia durante toda la vida puede marcar y ser más decisiva que todas las demás.

Pero volvamos a la entrevista simulada y a nuestra pregunta: ¿Qué experiencias han hecho del Espíritu Santo? Dejemos la palabra al Señor Vicente...

Fue incalculable. Observen que he necesitado mucho tiempo para comprender que un simple encuentro, como el encuentro con un pobre, un intercambio de oración o una confidencia inesperada, puedan ser presencia y signo del Espíritu Santo. Durante mucho tiempo, lo encontré, sin verdaderamente reconocerle. Luego, un día de un año de luz, lo encontré estando con los pobres y al final Lo reconocí. Más tarde no he cesado de encontrarle a todas horas, en todas las esquinas, hasta el punto de que alguna vez Lo he juzgado inoportuno y exigente. Incluso un día dije al terminar un intercambio de oración: “Recuerdo, (¿es menester que lo diga?), que antiguamente, cuando volvía de alguna misión, me parecía que, al acercarme a París, se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme; muy pocas veces volvía de la misión sin que se me ocurriera este pensamiento”. (XI 3, 316)... porque dejaba a los pobres tras de mí. En esos momentos, el Espíritu Santo seguía gritando aún cuando yo estaba agotado.

Para resumir mis experiencias y mis encuentros con el Espíritu Santo, puedo decir que Lo he visto primero en la fe de mis padres y de mi familia. Después lo encontré en mis estudios, aún cuando mi espíritu estaba lejos. Después de un período difícil, intenté conocerle mejor en los grandes maestros espirituales, pero fue más un refugio que una búsqueda. Por último Lo reconocí en un pobre y desde entonces, no nos hemos separado más, incluso en esos momentos en que le encontraba inoportuno y exigente.

Me acuerdo (esto ha sido consignado en sus Archivos) que algunas horas antes de morir, un Cohermano el P. Dehorgny me preguntó: ¿Cree usted en el Espíritu Santo? y yo le respondí: “Si...si”. Después de todo lo que había vivido, no era ni siquiera la Fe, era la evidencia: “!tal era mi fe, tal era mi experiencia!”. Pero volvamos a las etapas en las que cada uno y cada una podrán reconocerse un poco.

Primero me di cuenta de la existencia y la presencia del Espíritu Santo en la fe de mis padres; una fe sencilla y tradicional.

Los sacerdotes de la época, en las Landas, sólo efectuaban el mínimo servicio espiritual, es decir, las misas de domingo; no aseguraban la catequesis. Parece ser que yo pasé en la historia de la Iglesia por un innovador y un promotor de la Catequesis. De todos modos, todo me vino de mis padres, de las oraciones que ellos me enseñaron y que recitábamos en familia, sobretodo por la tarde. Ciertamente que en cuanto supe hacer el signo de la cruz, oí hablar del Espíritu Santo y le recé.

En 1653 cuando tenía setenta y dos años, di la catequesis a los pobres del hospital del Santo Nombre de Jesús. Rápidamente encontré el estilo y las comparaciones del catecismo familiar de mi infancia: “De la misma manera que en el sol hay tres cosas y esas tres cosas no hacen tres soles, también en la santísima Trinidad hay tres personas, pero esas tres personas no hacen más que un solo Dios. Así pues, el sol, es ese hermoso astro que vemos en el cielo. La luz es lo que nos ilumina a nosotros y a todos los que están en la tierra, lo que disipa las tinieblas de la noche y lo que finalmente alegra al mundo; porque, si estuviéramos en tinieblas, ¿qué alegría podría haber? La tercera cosa que hay en el sol es el calor, un gran calor, que procede del cuerpo del sol y de la luz. Ese gran calor es el que hace madurar los frutos y las demás cosas que hay en la tierra. Cuando veis que hace calor, un calor sofocante, como el que hacía cuando hemos entrado aquí, es porque procede del sol. Por esa comparación podéis comprender cómo no hay más que un Dios y tres personas en Dios, que son inseparables las unas de las otras, lo mismo que el sol es inseparable de su luz y de su calor”. (Coste X, 202).

Algunos pensarán, quizá, que todo esto es muy pobre y primario. Es cierto. Pero más tarde comprendí la relación existente entre el Espíritu Santo y la Caridad, esto no me ha parecido tan diferente del calor del sol del que hablaba en mi primer catecismo familiar.

El Espíritu Santo, un calor del sol... que hace madurar los frutos... yo, el pequeño landés comprendía esto. Fue mi primera experiencia del Espíritu.

A los 15 años, fui al colegio de los Franciscanos de Dax (donde ahora se encuentra la Central de Correos). Vivía con la familia de los Comet en la calle que ustedes llaman: la calle de los Fusilados. Mi familia escogió para mí la vía de los estudios aún suponiéndoles grandes sacrificios. Yo fui bien consciente y decidí aprobar a toda costa, para agradecer a mi familia la posibilidad que me había dado.

A los dieciocho años, entré en la universidad de Toulouse para continuar los estudios y de nuevo me encontré con el Espíritu Santo bajo apariencias mucho más serias y profundas que el calor del sol de mi infancia.

Al estudiar en la universidad la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, la parte relativa al Espíritu Santo, recuerdo que era densa y muy rica, incluso, demasiado rica, para alguien que como yo tenía la mente preocupada por otras cosas.

Sin embargo, obtuve un diploma de Bachillerato en teología; diploma mucho más apreciable y apreciado, al parecer, en este tiempo que lo que lo es ahora. Si tienen tiempo, les remito a acercarse a lo que sobre esto ha escrito M. Coste (I, 75, 84; X, 14, 20, 22, 41, 43, 56, 436, 457, 459, 519, 520). Pero mi objetivo fue siempre llegar, llegar lo más alto y lo más rápido posible, para volver a mi tierra después de “obtener un honesto retiro, y quedarme el resto de mis días junto a los míos” (Coste I, 88).

Espíritu Santo, ¿quién eres? Confieso que en aquel tiempo, lo conocía bastante bien por la teología, pero lo encontraba cada vez menos y no lo reconocía. Podía hablar de él, casi tan bien como Santo Tomás... creía en Él, pero a decir verdad, no me sentía de ningún modo comprometido en nada. Proseguí mi vida con la ardiente esperanza de volver a mi país, lo que consideraba ante todo como un deber de justicia.

Fue este el período de la aventura que me condujo a Marsella, Roma, después a Aviñón y a París, más exactamente al barrio de San Germán de los Prados, allí donde se reunían todos los Gascones. Gracias a unas buenas relaciones, obtuve el puesto de limosnero en la Corte de la Reina Margarita de Valois. Muy pronto adquirí cerca de La Rochelle, una abadía que me pareció me daría un buen rendimiento. Y fue poco antes cuando escribí a mi madre, la carta que le llegó a Ranquines en febrero de 1610; ¡entreveía mi próxima vuelta, una vez hecha la fortuna!

Pero de repente, el viento del éxito cambió, sin que me viniera al menos la idea de pensar que el Espíritu Santo pudiera estar ahí para algo. Fui injustamente acusado de un robo y al mismo tiempo, el buen negocio que creí haber realizado con la abadía de La Rochelle, fue un fracaso. Era el fracaso en todos los aspectos. En noviembre de 1611 cuando tenía 30 años, me refugié (la palabra no es demasiado fuerte) en casa del Señor de Bérulle, quien ese mismo mes, fundó la Sociedad del Oratorio.

Los textos y otros ecos que han conservado de esta fundación prueban que para mí fue un tiempo de fervor, un poco carismático, como dirían hoy. Era el fervor de los comienzos y el Señor de Bérulle por su temperamento austero y su particular espiritualidad, no se extrañó. ¿Tal vez en ese momento necesitaba ese baño demasiado caliente para reaccionar?

Espíritu Santo, ¿quién eres? Sin duda lo encontré en el entorno del Señor de Bérulle y de sus primeros discípulos; pero sin duda por mi culpa, no lo reconocí. Tal vez ese lenguaje un poco excesivo y abstracto no iba con mi temperamento y no estaba a mi alcance. En la primera ocasión que se presentó, como todos los inestables en período de crisis, me fui para ser Párroco de una parroquia pequeña del campo, en Clichy. Sólo estuve dieciséis meses, pero allí (me acuerdo muy bien), allí, sospeché la proximidad del Espíritu Santo. Fugazmente, sentí su presencia en medio de un grupo de cristianos. Se que se conservan huellas de esta experiencia, y entre otras, esta frase que recuerdo haber dicho: “Creo que el papa no es tan feliz como un párroco en medio de un pueblo que tiene un corazón tan bueno” (Coste IX-1, 580).

“Un párroco en medio de un pueblo”. Para que comprendan bien todo lo que esta frase representó para mí, de descubrimiento y admiración, debo recordarles que era sacerdote desde hacía doce años y que hasta el día en que llegué a Clichy, no me había encontrado pastoralmente en medio de un pueblo. Desde luego, había hecho altos estudios de teología, viví con el Señor de Bérulle un tiempo fuerte de experiencia espiritual; pero “un párroco en medio de un pueblo”... esto era otra cosa: para mí fue una felicidad más grande que la de ser papa. Y decía esto en un tiempo en el que todavía soñaba con una promoción, el éxito y el regreso a mi tierra. La prueba fue que desgraciadamente no tardé en dejar “este pueblo que tenía un corazón tan bueno”. ¡Qué importa! Con el tiempo, hoy estoy convencido de que el Espíritu Santo estaba allí. Me hizo una señal y sin embargo, esa vez, hice como que no le conocía. Se me ofreció una excelente situación como preceptor en la familia de los Gondi, una de las familias más ricas y poderosas del reino; acepté, abandonando mi pueblo de tan buen corazón. En ese momento, ignoraba que para mí, esta era la última etapa antes de la vuelta a mi país y también la primera, de una evolución sorprendente. Apenas estuve en casa de los Gondi, sentí el desconcierto, el enojo, la inquietud, la duda; una duda que se propagaba como la gangrena, hasta el punto de que muy pronto ya no fui capaz de decir la más mínima oración, ni de incluso articular el Credo. Cuando disponía de todas las seguridades materiales, nunca me sentí tan pobre, tan desvalido, tan inquieto. Espíritu Santo, ¿quién eres? ¿Dónde estás?

Ya conocen la continuación de la historia. No haré más que resumirla, subrayando una coincidencia: un recorrido que pasa a través de la noche.

Preceptor en la familia de los Gondi, los seguía de castillo en castillo. Un día vinieron a buscar a un sacerdote para un pobre hombre que agonizaba, un pobre hombre solo y abandonado. Acudí. La alegría que tuvo ese hombre al encontrarse con un sacerdote antes de morir, me emocionó y provocó. Esto sucedió en Gannes, Picardía, el 24 de enero de 1617. Tenía treinta y seis años y era sacerdote desde hacía algo más

de dieciséis años. Ese día, este hombre anciano, abandonado, me hizo encontrar en el fondo de mi mismo “las inclinaciones y disposiciones que tenía Jesucristo en la tierra”. Me sentí como una persona “habitada por el Espíritu Santo” o más bien, como una persona que al final, tomaba conciencia de que estaba habitada por el Espíritu Santo, incluso desde hacía tiempo... desde el día de mi bautismo, el 24 de abril de 1581, en la pequeña iglesia de Pouy.

No quiero cansarles: no les voy a contar toda mi vida. Además, desde ese día, todo se convirtió pesado, agotador y sin embargo, sencillo y maravilloso. En efecto es a partir de ese día cuando encontré al Espíritu Santo a todas las horas, en todos las esquinas y hasta... Madagascar.

Observen que esto no ocurrió de un día para otro. Necesité seis meses para reflexionar, dudar, pesar. Es verdad que tuve la iluminación de Gannes y el encuentro con el Espíritu Santo en la persona de ese pobre hombre, pero también estaban esos veintidós años, invertidos para hacerme con una situación y asegurar mi vuelta a casa, donde al fin, hubiera devuelto a mi familia lo que les debía y lo que ella esperaba de mi.

Si, necesité seis meses y también una segunda llamada del Espíritu. Me escapé de casa de los Gondi para encontrarme en una pequeña parroquia de la diócesis de Lyon en el mes de agosto de 1617.

Hacía tres semanas que estaba allí y el Espíritu Santo ya me esperaba. Una familia pobre, marginada, abandonada de todos, estaba afectada por una grave epidemia. Al saberlo, hice lo necesario con mis nuevos feligreses por aliviar a esta familia y al fin... ¡comprendí! Encontré al Espíritu Santo en la espera y la confianza de estos pobres enfermos. Lo encontré también como en Clichy “en un pueblo que tenía un corazón tan bueno”. Comprendí, como se decía en mi familia, en Ranquines, que el Espíritu Santo era un asunto ardiente, como el Amor. Creo que no había nada más que añadir.

No voy a abusar más de su paciencia, y más teniendo en cuenta que he dicho lo esencial. El resto, desde el mes de agosto de 1617 hasta el día de mi muerte en que confirmé mi fe en el Espíritu Santo, el resto no fue más que una larga y maravillosa camaradería, aunque no fuera siempre una vida descansada y fácil. Dejaré pues a su Conferenciante que llegue a la conclusión. ¡Hasta luego, hijos!

Ahora, pónganse en mi lugar: ¡tomar la palabra después del Señor Vicente! En efecto, intento seguir de cerca, lo que él mismo dice o escribe sobre su experiencia del Espíritu Santo. Y ya que el me ha invitado a concluir, yo subrayaría, para nosotros hoy las cuatro fases por las que pasó su revelación del Espíritu Santo: la etapa familiar, la aproximación teológica, la experiencia de tipo carismática y por último el descubrimiento en el corazón de la Iglesia y en la persona de los pobres.

I. LA ETAPA FAMILIAR

En Gascuña, en tiempos de San Vicente, en la pequeña parroquia de Pouy o en Ranquines, los medios de proposición y de transmisión de la fe, eran tan pobres y aleatorios como hoy. ¡Pero no por las mismas razones! Los sacerdotes eran numerosos, pero su formación era a menudo insuficiente, especialmente en el campo. En las familias de ese tiempo, no había ateos; pero el protestantismo reciente interpelaba fuertemente la fe, sobre todo en esas regiones. La tradición familiar, no era una simple rutina más o menos retrógrada; a menudo era convicción y valentía. No hay que olvidar que es en este contexto en el que el joven Vicente hizo su primer signo de la cruz: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Incluso si sabemos que la tradición era pobre y primaria, incluso si el Espíritu Santo era comparado a un “calor que cuece los frutos”... ahora, que conocemos el camino de Vicente de Paúl, podemos interrogarnos sobre el valor inestimable de esta primera etapa, en la búsqueda y el encuentro del Espíritu. Cuando la familia está unida, es evidentemente un lugar privilegiado del Espíritu, sobre todo para un niño. En efecto, no puede ser aún cuestión de conocimiento, pero ya en primer lugar la experiencia tiene su sitio. Y creo que es bueno, feliz y normal hacer la experiencia, incluso antes de penetrar en el misterio de Dios y de conocer el misterio del Espíritu.

Cuanto más estudio a San Vicente más me impresiona la importancia de esta primera experiencia familiar. En cuanto al término de sus estudios y después de haber abandonado su ambición de carrera, Vicente encuentra a los pobres y el sentido de su vocación; por este mismo hecho, encuentra sus raíces y la fe sencilla y sólida de sus primeros años.

El Espíritu Santo de Gannes-Folleville y de Chatillon, es el Espíritu Santo de Ranquines, el Espíritu Santo de las primeras señales de la cruz, el Espíritu Santo de la fe familiar. Esto es tan cierto, que en los escritos y las Conferencias de este período, encontramos cada vez más evocaciones de recuerdos de infancia. Lo que

se ha llamado la “conversión” de Vicente de Paúl, seguramente fue como el redescubrimiento de sus raíces y de su primera experiencia de Dios y del Espíritu, vivido en un marco familiar modesto y sencillo, pero muy unido, equilibrado, pleno.

Afortunadamente, cuando no se ha tenido esta suerte y esta gracia con la que fue favorecido Vicente, el Espíritu dispone de otros medios para revelarse y alentar. Al menos la experiencia de Vicente de Paúl nos permite subrayar la importancia de esta primera etapa y la influencia de la familia en los comienzos de una existencia.

2. LA APROXIMACIÓN TEOLÓGICA.

Este fue el segundo aspecto de la aproximación del Espíritu en el caminar de Vicente de Paúl. Esta aproximación fue teológica, seriamente llevada a la escuela de Santo Tomás de Aquino; pero se desarrolló en un período y contexto ambiguos. Vicente entró a formar parte de una Iglesia a la que abordó sobre todo bajo su aspecto jerárquico. Seguramente que su fe no estaba en juego, pero sus proyectos y su ambición no lo predisponían a un verdadero encuentro con el Espíritu. Sin duda lo estudiaba, le conocía mejor, podía hablar de él y después de obtener su diploma de bachillerato, podía incluso enseñarlo. Pero este conocimiento no tenía ninguna experiencia y su concepción de la Iglesia y del sacerdocio no era menos pobre y banalizada. Los pobres no llenaban su horizonte humano y el Espíritu en su vida no debía ser más que un artículo de la fe o una frase del Credo.

Esta aproximación teológica, que ocupa un lugar en el itinerario de Vicente de Paúl puede también interpelarnos. Somos creyentes, creemos en Dios, Padre, Hijo y Espíritu. Pero este misterio ¿es por nuestra parte una simple adhesión, experiencia o conversión? El conocimiento, ya sea bíblico, teológico o catequético, es indispensable. Los nueve años de estudios de Vicente, le fueron, por consiguiente, muy provechosos. Pero a la luz de su recorrido, podemos darnos más cuenta de la importancia que tiene, al llevar de frente, dentro de lo posible, el conocimiento y la experiencia.

Habría mucho que decir, por ejemplo en materia de catequesis. La experiencia debería acompañar al conocimiento y tal vez incluso precederla, como les decía a propósito de la etapa familiar. Sin duda es por esto que el Señor Vicente se refugió un día del año 1611 en el Oratorio del Señor de Bérulle. Sentía la necesidad de una experiencia verdadera, profunda, sin compromiso.

3. LA EXPERIENCIA DE TIPO CARISMÁTICO, con todos los matices que se imponen.

El objetivo del Señor de Bérulle al fundar su Instituto del Oratorio, fue ante todo volver a dar a los sacerdotes en la Iglesia un ideal de santidad. Con el Señor de Bérulle, Vicente se encuentra súbitamente en el período ferviente de los principios de la fundación, con numerosos tiempos de meditación y de oración en el marco de una vida regular y austera. Imaginemos a este hombre de treinta años, saliendo de un medio como el de la Corte de Margarita de Valois, uno de los centros parisinos más conocido y célebre. Debió ser una experiencia llamativa, perturbadora, chocante, casi asfixiante. Sabemos que al cabo de seis meses Vicente encontró una ocasión para salir de allí y convertirse en el Párroco de Clichy.

Esto sería un grave anacronismo comparar lo que hoy llamamos los movimientos carismáticos con esta experiencia pasajera del Señor Vicente. Sin embargo, teniendo en cuenta las diferencias esenciales que existen entre estos movimientos y esta experiencia, me parece que podemos ver una especie de coincidencia o de convergencia con 375 años de intervalo entre la experiencia de Vicente y algunas aspiraciones de hoy.

El Señor Vicente se refugió en el Señor de Bérulle porque estaba molesto, saturado y dominado por las preocupaciones de ascenso (Coste I, 88), las preocupaciones de situación y de “un honesto retiro”. Sin embargo, se sabía y se sentía sacerdote y desde hacía once años, sentía la necesidad de una experiencia radical y pura: se lanzó a ella.

En nuestra sociedad de hoy, en el contacto con los jóvenes, a veces nos extraña una cierta atracción hacia los movimientos o momentos que calificamos de carismáticos. Estos jóvenes se comprometen por algunos días para rezar, cantar, compartir, para dejar por un tiempo una sociedad que ellos juzgan demasiada presa del interés y de las conveniencias...

Es curioso e interesante señalar que un Señor Vicente de 30 años sintió también esta necesidad y quiso sumergirse en este tipo de experiencia. Creo que es una necesidad del hombre y sobre todo del cristiano, en algún momento de su vida. Sin embargo no fue esta la gran etapa de su experiencia del Espíritu. Este le esperaba fuera, en la vida real y concreta de los pobres. Para el Señor Vicente, lo que yo he

llamado la experiencia carismática fue un modo de huida, pero una huida hacia delante, hacia la experiencia y el descubrimiento.

4. EL DESCUBRIMIENTO.

Después de la experiencia llamada carismática, tuvo lugar la experiencia de Clichy, experiencia de Iglesia, experiencia con un pueblo que tenía un corazón tan bueno. Luego, recuperó la idea del avance y de la buena situación. Y Vicente se convierte en preceptor en casa de los Gondi. Fue un lugar de oro... pero también fue el principio de una terrible noche que desembocó más tarde en el encuentro del pobre anciano agonizando, abandonado de todos, es la hora en que el Espíritu decidió manifestarse en el corazón de la Iglesia bajo la apariencia de un pobre.

En el corazón de la Iglesia y bajo la apariencia de un pobre: estos dos elementos me parecen haber sido lo esencial para Vicente de Paúl, de su experiencia del Espíritu Santo. Sus estudios teológicos le sirvieron, tanto como su experiencia carismática y su tierra familiar, regional y social. Pero el encuentro determinante y definitivo se sitúa en una Iglesia y en presencia de los pobres. En la vida y la acción del Señor Vicente, estas serán las dos referencias esenciales relativas al Espíritu Santo.

En Iglesia... porque tanto en Gannes-Folleville como en Châtillon en 1617 (el año de la conversión), la experiencia de Vicente es vivida no solo con un pequeño grupo o una élite, sino con un pueblo de laicos con un sacerdote; es decir, una parcela de Iglesia en la que todos se comprometen. En adelante para Vicente, el **Espíritu Santo** será el Espíritu y el alma de un pueblo, el alma y el animador de la Iglesia, porque es **El** quien **moviliza, reúne y une**.

Lejos está el tiempo en que Vicente abordaba la Iglesia como una jerarquía en la que deseaba escalar los grados a grandes zancadas. La Iglesia a sus ojos y en su corazón se convirtió en misionera; el Espíritu Santo era el motor y la energía, que no le conducirá al episcopado, pero que lo llevará a apasionarse por Madagascar y a desear vivir sus últimos días allí, en el fin del mundo. Porque eran los pobres los que le habían revelado el Espíritu y los pobres estaban por todas partes, hasta Madagascar..., los pobres le habían llevado, sin saberlo, a despojarse de su ambición y de sus proyectos, incluso los más legítimos... los pobres que sin saberlo, lo habían limpiado y hecho disponible, lleno de potencialidades y de energías, él que había sido tan complicado y tal vez, en ciertos momentos, aconplejado.

Desde entonces, se entiende el lugar primordial que ocupará el pobre en la vida del Señor Vicente, porque para él fue como un liberador.

Finalmente en lo que concierne al **Espíritu Santo**, sabemos bien que nos encontramos ante **un misterio** y el Señor Vicente puede darnos algunas pistas, para acercarlo y para vivir de ello. Creo aún oír decirnos que el Espíritu se manifiesta a un pueblo que es la Iglesia, preferentemente en el pobre y a menudo en el más pobre.

Estar juntos, nos dice San Vicente, ser Iglesia y centrar su atención y su amor en el pobre, es sin duda la respuesta más cercana que se pueda dar a esta pregunta: ESPIRITU SANTO, ¿QUIÉN ERES?

(Continuará)

Padre Jean MORIN, cm
Cuadernos Vicencianos III/2

VICENTE DE PAUL Y EL ESPÍRITU-SANTO

I – Espíritu Santo, ¿quién eres?

1. Etapa familiar
2. Aproximación teológica
3. Experiencia de tipo carismática
4. Descubrimiento

II – Espíritu Santo, ¿qué haces?

1. Iglesia Institución / Iglesia Jerarquía.
2. El Pobre y el Laicado
3. La Iglesia del Espíritu